

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades
Convocatoria 2014-2016

Tesis para obtener el título de maestría en Antropología Visual

Resistiendo en el desastre:
El albergue popular San Roque en Bahía de Caráquez

Nicolás Schvarzberg

Asesora: Ana Lucía Ferraz
Lectores: Ana Martínez Pérez y Patricia Bermúdez

Quito, abril de 2018

Dedicatoria

Para Majo, mi compañera.

Para mi madre, mi guía.

Tabla de contenidos

Resumen	VIII
Agradecimientos	IX
Introducción	1
Capítulo 1	4
Exponiendo(nos) al desastre	4
1. Introducción	4
2. De competencias y estrategias	6
3. La distribución desigual del desastre	10
4. Activando la vulnerabilidad	14
5. Lo que transforman los <i>albergues populares</i>	16
Capítulo 2	21
La cámara participativa	21
1. Introducción	21
1.1. Audiovisual para la resistencia	22
1.2. De la imagen etnográfica	23
1.3. La cámara participante	25
1.4. El campo de lo ‘participativo’	27
Capítulo 3	32
Zona de desastre	32
1. Zona de riesgo	32
“Bahiami”	32
2. Zona de emergencia	37
2.1. 16/05/2016, 18:58	37
2.2. <i>I6A</i>	43
3. Documentando el desastre	58
3.1. Antes del <i>I6A</i>	58

3.2. Primeros acercamientos al <i>I6A</i>	59
3.3. Ojo al celular.....	60
3.4. Creando cine participativamente.....	63
4. “Zona de desastre”.....	70
Conclusiones	72
1. “Lo que realmente se vive”	72
2. “Para nosotros es otra vida”.....	73
Anexo	77
“Zona de Desastre” - Guion Documental	77
Lista de referencias	87

Figuras

Figura 3.1.1. Foto satelital de Bahía de Caráquez	33
Figura 3.1.2. Foto aérea de Bahía de Caráquez	36
Figura 3.2.1.1. Restos de edificio	38
Figura 3.2.1.2. Casa destruida en San Roque	38
Figura 3.2.1.3. Demoliciones en el malecón	39
Figura 3.2.1.4. Situación de primeros días, fuera de Bahía	40
Figura 3.2.1.5. Situación de primeros días, dentro de Bahía	40
Figura 3.2.1.6. Restos de una casa en una loma de San Roque	41
Figura 3.2.1.7. Demoliciones en la ciudad	42
Figura 3.2.2.1. Ubicación de albergues populares en Bahía de Caráquez	43
Figura 3.2.2.2. <i>Albergue popular</i> San Roque	44
Figura 3.2.2.3. <i>Albergue popular</i> Pedro Fermín Cevallos	44
Figura 3.2.2.4. <i>Albergue popular</i> Montúfar	44
Figura 3.2.2.5. Interior de carpa en <i>Albergue</i> San Roque	44
Figura 3.2.2.6. Interior de carpa en <i>Albergue</i> San Roque	45
Figura 3.2.2.7. Yessenia junto a su hija	48
Figura 3.2.2.8. Portada de perfil de Facebook de albergue popular San Roque	49
Figura 3.2.2.9. <i>Albergue oficial</i> Fuerza Sucre	49
Figura 3.2.2.10. Actividades recreativas en albergue popular San Roque	50
Figura 3.2.2.10. Actividades recreativas en albergue popular San Roque	50
Figura 3.2.2.10. Actividades recreativas en albergue popular San Roque	50
Figura 3.2.2.13. Feria de “Domingos en familia”	51
Figura 3.2.2.13. Feria de “Domingos en familia”	51
Figura 3.2.2.13. Feria de “Domingos en familia”	51
Figura 3.2.2.16. Navidad en <i>albergue</i> San Roque	52
Figura 3.2.2.17. Día del niño y la niña <i>albergue</i> San Roque	52
Figura 3.2.2.18. Barrio Las Peñas, en Guayaquil, referido por Yessenia	53
Figura 3.2.2.18. Barrio Las Peñas, en Guayaquil, referido por Yessenia	53
Figura 3.2.2.20. Mercado de Bahía de Caráquez	53
Figura 3.2.2.21. Carpas en malecón de Bahía de Caráquez	55

Figura 3.3.2.1. Estudiantes de La Poderosa recolectando información	60
Figura 3.3.2.1. Estudiantes de La Poderosa recolectando información	60
Figura 3.3.3.1. Participantes del taller “Ojo al Celular”	61
Figura 3.3.3.1. Participantes del taller “Ojo al Celular”	61
Figura 3.3.3.1. Participantes del taller “Ojo al Celular”	62
Figura 3.3.3.1. Participantes del taller “Ojo al Celular”	62
Figura 3.3.4.1. Rodaje en Bahía	64
Figura 3.3.4.2. Rodaje en mercado	66
Figura 3.3.4.3. Rodaje en Bahía	66
Figura 3.3.4.4. Rodaje en Bahía	68
Figura 3.3.4.5. Realización del guion	69
Figura 3.3.4.5. Realización del guion	69

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Nicolás Schvarzberg Liendro, autor de la tesis titulada “Resistiendo en el desastre: El albergue popular San Roque en Bahía de Caráquez”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Antropología Visual concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Santiago, abril de 2018



Nicolás Schvarzberg Liendro

Resumen

A partir de las insuficientes respuestas de las autoridades al desastre ocurrido tras el terremoto del 16 de abril de 2016 en costa de Ecuador, los vecinos y vecinas del barrio San Roque en Bahía de Caráquez debieron encontrar soluciones a sus propios problemas. Abandonadas/os a su suerte, en medio de la precariedad, estas personas comparten el tiempo y el espacio, desarrollando así una organización social basada en relaciones de inter-dependencia. Partiendo por activar y movilizar la vulnerabilidad, gestaron un *albergue popular* en el espacio público que se mantuvo por más de un año y medio. Esta investigación participativa utiliza herramientas audiovisuales para explorar cómo se reconstruye el tejido social en el desastre, analizando cómo se reconfiguran las relaciones sociales y el territorio dentro del *albergue popular*.

Agradecimientos

A María José, por su eterna paciencia, sus sabios consejos y su infinito amor.

Para mi madre, por su incondicionalidad, cariño y alentarme siempre a buscar nuevos horizontes.

A mi tío Eduardo, una gran inspiración e impulso para esta maestría.

Infinitamente agradecido con Esteban Arroyo y Mauro Aldás, quienes pusieron toda su voluntad, compromiso y buena onda para que la película pueda ver la luz.

A todos y todas mis compañeros/as de La Poderosa Media Project, en especial a Alejandra Zambrano, Gabriela Espinosa y Joseph Pierce, personas sorprendentes y creativas sin las que nunca podría haber llegado a estas instancias.

Para Sixtina Ureta y Javier Santacruz, por quienes tengo enorme admiración, eternas gracias por su completo y desinteresado apoyo, por las charlas y sus hermosas amistades.

A mis profesoras y asesoras, Amanda Concha-Holmes y Ana Lucía Ferraz, que supieron guiarme frente al desastre.

Finalmente, y no menos importante, a la familia Avilés Escobar, por brindarme tanto cuidado y amor.

Introducción

Un desastre pone a prueba todo lo que sustenta las vidas de las personas. Cuando la tierra tiembla, no sólo se mueven casas, caminos y negocios, también se sacuden las relaciones sociales. Ante un terremoto, las personas buscan juntarse, protegerse, cuidarse; estos vínculos podrían ser lo único que les queda. Con el pasar de las semanas, logran organizarse y desarrollar una potente red social que se materializa en un albergue. En líneas generales, esto fue lo que sucedió en el barrio San Roque de la ciudad de Bahía de Caráquez a partir del desastre que se desató tras el terremoto del 16 de abril de 2016 (16A). La ineficiente respuesta de las autoridades provocó que las personas tuviesen que organizarse en el espacio público y co-accionar para encontrar soluciones a sus problemas urgentes, conformando entonces un *albergue popular*.

Esta investigación tiene como objeto de estudio al *albergue popular* San Roque, el cual constituyó una de las primeras formas de organización social en Bahía luego del sismo. La pregunta central de este trabajo es acerca de cómo se reconstruye el tejido social en medio del desastre. Mi tesis será que este *albergue popular* consistió en una respuesta colectiva que surge de accionar la vulnerabilidad de las mismas personas afectadas, transformando relaciones de vecinos y vecinas en relaciones de inter-dependencia y transformando el espacio público que ocupaban. Para esto, me posicionaré bajo la perspectiva de Judith Butler, intentando demostrar que este *albergue popular* visibiliza la vulnerabilidad con el objetivo de erradicar la precariedad a las que personas afectadas deben enfrentarse diariamente.

Mi relación con Bahía de Caráquez, así como con los jóvenes que participaron activamente en la presente investigación, se dio a partir del 2013, cuando comencé a trabajar en los talleres de cine del colectivo La Poderosa Media Project. Fue a partir de allí entonces, que pude generar grandes lazos de amistad con varias personas, entre ellas Esteban y Mauro. Esteban, de 23 años, ha vivido toda su vida en la costa de Bahía con una vista privilegiada. Rodeado de edificios de veraneo, creció en una sencilla casa de madera y aluminio que no soportó el terremoto. Perdió su casa en el terremoto, teniendo que acampar en la calle junto a su familia durante algunos meses. Mientras, ante la falta de recursos para contratar mano de obra, ha tenido que trabajar en la reconstrucción. Mauro, de la misma edad, vive en una casa de caña fuera de Bahía en los suburbios. Aunque al principio sentía que el terremoto no lo había afectado en mayor medida, con el tiempo comenzó a sentir que sus posibilidades de progreso en Bahía eran cada vez más

escasas. Ambos desearían estar estudiando, pero no cuentan con suficientes recursos. No obstante, eso no ha detenido sus espíritus creativos y críticos, así como sus fuertes motivaciones, todas las cuales han enriquecido esta investigación de sobremano. Sin ellos, este trabajo no podría haber profundizado ni alcanzado los niveles de comprensión que se explicarán en estas páginas.



Mauro, Esteban y Nicolás al finalizar el rodaje
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2017

La parte escrita de esta investigación se compone de tres capítulos. Comienzo abordando las estrategias y metodologías de los gobiernos para asistir en las emergencias, para luego compararlo con un análisis situacional de la gestión de riesgos en Ecuador. De aquí, a modo de recorte empírico por medio del cual se pensará la respuesta a la catástrofe, extraeré las definiciones y características de *albergue oficial* y *albergue popular*. En el tercer acápite abordo la noción de desastre, configurándolo como un contexto de construcción netamente social y cultural, es decir que las catástrofes son siempre de origen social. Luego, trabajo alrededor de la noción de vulnerabilidad como punto de partida para la organización social inter-dependiente. En el quinto y último acápite de este capítulo reflexiono acerca de cómo se reconfigura el tejido social, así como los espacios públicos que se ocupan en el *albergue popular*.

El capítulo 2 comienza con una reflexión acerca de cómo ajustar la metodología de este trabajo al desastre que se estaba desarrollando en la ciudad. Luego exploro cómo el uso de la imagen incide en la investigación etnográfica, para luego ir más allá, planteando los cambios que genera la cámara en el campo. Movilizaré el concepto de *cinema-vérité* del documentalista Jean Rouch como una de las primeras propuestas por una antropología compartida, la cual después aterrizaré en el campo del Video Participativo.

El tercer capítulo cuenta con cuatro grandes partes. En la primera se relata la historia de Bahía de Caráquez, brindando contexto al segundo acápite, el cual relata detalladamente cómo se desarrolló el desastre en esta ciudad a partir del terremoto. La tercera sección consta de una profunda descripción del proceso de investigación participativo junto a Esteban y Mauro, así como algunas reflexiones sobre el desarrollo del mismo y el uso del audiovisual. Por último, se presenta un breve análisis de los contenidos y formas del guion creado colectivamente.

Finalmente, a modo de conclusión, detallo algunas reflexiones acerca del beneficio del uso del registro audiovisual documental en mi caso particular. Por último, trazo paralelos entre los eventos registrados y explorados a través del rodaje con los conceptos y lógicas presentados en la primera parte con el propósito de demostrar mi hipótesis.

Capítulo 1

Exponiendo(nos) al desastre

1. Introducción

Cuando un terremoto interrumpe toda forma de rutina humana, el tiempo adquiere otra dimensión. Cuando personas pierden sus viviendas, espacios de reunión y socialización, el espacio es gravemente alterado. Gran parte de la infraestructura y tecnología que sostienen el cotidiano es afectada, sino destruida. Recursos como agua potable y electricidad escasean de sobremanera, la seguridad se dificulta en exceso. Al comprometerse los medios de vida y producción de una población, al ser incapaz ésta de absorber el impacto de un fenómeno natural y no poder superarlo mediante sus propios recursos, se genera un desastre. A pesar del caos que caracteriza a estas emergencias, las personas deben ser recursivas y encontrar soluciones, así sea temporales, debiendo improvisar en muchas situaciones. Frente a la destrucción, se debe buscar resguardo, provocando que muchas personas decidan como solución inmediata acampar colectivamente en espacios abiertos, utilizando los materiales que tengan a mano para poder construir refugio. En la medida que comparten el espacio y el tiempo, comienzan a organizarse y ayudar para poder hacer más funcional el espacio. Estas adaptaciones, tanto de las personas como del espacio que ocupan, conformarán un *albergue*, infraestructura dedicada, en la medida de lo posible, resguardo y comodidades para enfrentar provisionalmente la catástrofe.

Para comprender mejor los desastres post-terremoto, debemos empezar por sus particularidades, aquellas que diferencian estos eventos de otros fenómenos. Cabe destacar dos, de gran incidencia social en la comunidad afectada. Por un lado, encontramos la sorpresiva destrucción de casas, edificios e infraestructuras. Durante el temblor, la caída de techos, escaleras, postes y otras construcciones suelen ser el principal peligro, pasando luego sus escombros a ser la evidencia más tangible del suceso. En este punto, la pérdida de hogares es una de las peores consecuencias. Cuando no hay muros que separen a las personas, éstas se juntan instintivamente en calles, plazas y otros espacios públicos. Buscando calma, requiriendo protección, se ven en la necesidad de acercarse las unas a las otras, abasteciéndose de recursos y cuidado. Esta es la segunda característica de los desastres post-terremoto: en la destrucción del espacio privado, las personas acuden al espacio abierto, al espacio público, organizándose frente a la emergencia. Se impone un contexto de peligro y vulnerabilidad, de incertidumbres y amenazas, a la vez que se deben tomar

acciones para poder salir adelante. Cuando la tierra tiembla, las relaciones sociales se ven sacudidas y afectadas en igual o mayor medida que construcciones e infraestructuras ¿Cómo pueden estas personas reconstruir el tejido social de su comunidad cuando todo se ha destruido? ¿Cómo actúan en medio del desastre?

La inestabilidad e inseguridad abundan en todo aspecto, generando “adversidad, desamparo y sufrimiento en las personas, efectos sobre la estructura socioeconómica de una región o un país y/o la modificación del medio ambiente; lo anterior determina la necesidad de asistencia y de intervención inmediata” (Cardona 1998, 7). Es así que durante décadas se han desarrollado mecanismos de respuesta encargados de actuar en la emergencia y la posterior reconstrucción para así ayudar a las personas afectadas a poder salir adelante. Sin embargo, estas directrices son desarrolladas y diseñadas previas al incidente, por fuera de las comunidades afectadas, por lo que es muy posible no contemplen soluciones desarrolladas por las personas afectadas, llevando adelante soluciones de manual. Aun así, estas metodologías para “hacer frente a” resultan la única literatura existente que prevé estas circunstancias y, en su conjunto, brindan un panorama más claro de las acciones que se desarrollan en el contexto de desastre. Por esto, para responder las preguntas planteadas, comenzaré por indagar en el accionar del Estado, haciendo hincapié en el caso ecuatoriano. De esta forma, podremos captar la calidad de la asistencia que recibe la población, y así dimensionar los esfuerzos propios que deberá realizar una comunidad golpeada. En un segundo momento, en un intento por extender el contexto hacia raíces históricas, abordaré perspectivas sociales sobre los desastres, las cuales ubican las causalidades de las catástrofes en las vulnerabilidades de las poblaciones perjudicadas. Posteriormente, a partir de la propuesta de Judith Butler, reflexionaré en cómo la vulnerabilidad puede ser accionada para desarrollar la organización social y así enfrentar al desastre de forma colectiva. Finalmente, siguiendo a esta autora, me centraré en cómo se transforma el espacio público a partir de las acciones que ocurren en él y que son llevadas adelante por personas organizadas para resistir al desastre. A través de estas reflexiones pretendo comprender también qué cuestiones ponen en valor las personas cuando la destrucción abunda, ¿qué se rescata? ¿Qué surge? Cuando los recursos son limitados y toda iniciativa se dificulta al ser llevada a la acción dentro de este contexto, ¿dónde se ubican los esfuerzos? En estos tiempos donde la economía de mercado rige en casi todos los contextos en que nos relacionamos e interactuamos, creo que los desastres son una oportunidad de preguntarnos qué es esencial para la dignidad de la vida humana.

2. De competencias y estrategias

Al interrumpirse rutinas y procesos sociales, así como provocarse la destrucción de casas, negocios y edificios de servicios públicos, los sismos pueden poner a prueba estructuras y formas de poder, tal como afirman los historiadores Buchenau y Johnson (2009). Claro que no todos los terremotos son comprendidos de la misma forma, sino que son interpretados a partir de lógicas y paradigmas propios de cada momento histórico. En este sentido, en cada época y cultura varía la causalidad del evento, así como las acciones a tomar y las responsabilidades sobre el mismo. Como resaltan estos autores, en América Latina durante la época de la colonia y las repúblicas los desastres eran fuertemente vinculados a poderes sobre-humanos, permitiéndoles a las autoridades religiosas posicionarlos como castigos divinos ante políticas reformistas y recuperar terreno perdido frente a movimientos revolucionarios, liberando además a las autoridades de toda responsabilidad. A medida que se consolidaron los Estados de la región, las situaciones post-terremotos se volvieron más devastadoras y complejas, en parte debido a la creciente dependencia en la tecnología y la construcción a mayor escala. Las autoridades políticas entonces, cobraron mayor relevancia en estos escenarios al tener que atender las consecuencias, provocando que las reacciones pudiesen dejar en evidencia su incapacidad, así como la pre-existente deficiencia infraestructural y escasas de recursos básicos. A partir de un enriquecedor análisis de múltiples casos en Latinoamérica, Buchenau y Johnson detectan cómo entidades y gobernantes se han visto, una y otra vez, obligadas a interactuar y relacionarse con poblaciones en estado de emergencia, provocando que “un público nuevo y más grande discuta la competencia y legitimidad de líderes políticos e instituciones políticas dentro del contexto de los esfuerzos de socorro y reconstrucción” (Ibíd., 6, traducción propia). Entre los escombros y la falta de asistencia, se da paso a la crítica e inconformidad, creando un clima de hostilidad entre la población civil y las autoridades.

En las últimas décadas instituciones públicas, académicas y organizaciones del tercer sector, entre otros actores, se han dedicado al desarrollo de “directrices administrativas, organizaciones, destrezas y capacidades operativas para ejecutar políticas y fortalecer las capacidades de afrontamiento, con el fin de reducir el impacto adverso de las amenazas de origen natural o humano y la posibilidad de que ocurra un desastre” (Secretaría Nacional de Gestión de Riesgos 2011, 22). Este campo de investigación y legislación se ha conocido como la gestión de riesgos, y comprende desde la vida cotidiana, trabajando sobre la prevención de riesgos, hasta la catástrofe

misma, a través de la asistencia y la reconstrucción. Por ello, los Estados y organismos internacionales han apoyado el desarrollo y aplicación de complejos mecanismos de respuesta para enfrentar estas grandes emergencias, buscando ayudar de formas eficientes a la población. Desde esta perspectiva, la atención prioritaria debe brindarse a las personas que hayan perdido sus hogares o no cuenten con viviendas habitables. Esto porque la mayoría de los y las damnificadas suelen ubicarse rápida e improvisadamente en espacios que “no reúnen las condiciones mínimas de seguridad y habitabilidad requeridas, lo que pone en peligro la integridad de las personas , por lo que resulta prioritario brindar una solución urgente a estas familias” (Ministerio Coordinador de Seguridad de Ecuador 2016, 3). Ante estos casos, la solución propuesta es la creación de *albergues*, infraestructuras creadas en forma de campamentos o con base en construcciones pre-existentes, llevadas adelante por instituciones públicas, cuyo fin principal es brindar vivienda y atención integral, asegurando “condiciones establecidas de capacidad, seguridad, higiene y saneamiento” (SINAE-Uruguay 2010, 19). En ellos se canaliza una buena parte de los recursos, muchos de los cuales provienen de la cooperación internacional, con todo lo que ello implica.

En América Latina, son múltiples las experiencias en el manejo de *albergues*, lo que ha permitido que diversos países¹ generasen protocolos en forma de manuales, brindando un conjunto de procedimientos detallados, competencias y roles que deben seguirse para una atención adecuada. Estas guías metodológicas se rigen bajo premisas derivadas de convenios internacionales de buenas prácticas e intenciones por parte de los Estados. Los *albergues* entonces, deben garantizar la protección a la vida, los derechos humanos y la no discriminación, entre otros principios. Para esto, se requiere de la intervención de variadas instituciones públicas, así como comitivas de organismos internacionales, conformándose un ambiente controlado que permite a las autoridades dispensar la ayuda necesaria y adecuada. Por otra parte, al repasar esta literatura se puede detectar un gran énfasis en la corta temporalidad del mecanismo, lo que le condiciona una caducidad y un rápido accionar. De hecho, en Uruguay, Ecuador, Colombia, El Salvador y Guatemala se los ha denominado *albergues* “temporales” o de “emergencia”, con duraciones que no pasan de los 90 días en sus recomendaciones.

¹ Uruguay, Chile, El Salvador, Colombia, Guatemala y Ecuador

En el caso de Ecuador, entre otros documentos, se cuenta con la Normativa para Aplicación de Estándares de Ayuda Humanitaria en Emergencias, emitida en 2011 por la Secretaría Nacional de Gestión de Riesgos y que busca dar orden a los trabajos de socorro, abogando el “derecho a recibir asistencia humanitaria en condiciones oportunas y seguras” (Ibíd., 6). En sus páginas, se desarrolla un plan de operación que persigue cubrir las necesidades básicas de las personas afectadas en cuanto a nutrición, atención y bienestar. No obstante, las acciones de asistencia determinadas en la normativa se limitan al perímetro de los *albergues* gestionados por el gobierno. No se da cuenta de respuestas oficiales fuera de ellos. Esta posición pareciera confirmarse en el Modelo de Gestión de Albergues, publicado en 2016 por el Ministerio Coordinador de Seguridad tras el terremoto de abril de ese año, en el que se presenta los *albergues* como “soluciones temporales para garantizar los derechos de la población desplazada a vivir una vida digna” (Ibíd., 4). Como parte de su implementación, se prevé el traslado hacia ellos de las personas cuyas casas se destruyeron o fueron gravemente afectadas, previa “evaluación”, dejando en claro que es allí donde se les brindará la asistencia humanitaria. En resumen, los *albergues* propuestos por las autoridades suelen ofrecer condiciones para una vida digna, pero sólo por un determinado momento y espacio, administrado por las autoridades políticas.

Debemos considerar además, que estos protocolos son llevados adelante con métodos y lineamientos diseñados principalmente a partir de aciertos y errores de experiencias pasadas, por lo que difícilmente pueda probarse su funcionalidad y eficacia en situaciones que no sean catastróficas. En este sentido, es pertinente tomar en cuenta el reciente trabajo del geógrafo Julien Rebotier, quien, en su libro “El Riesgo y su Gestión en Ecuador” (2016), concluye que el manejo de riesgos en el país se encuentra altamente influenciado por diferentes perspectivas y agendas políticas, demostrando que “[m]ás allá del voluntarismo y de los buenos principios, la gestión de riesgos ocurre en un contexto territorial particular (social, institucional, político, económico) que la formatea” (Ibíd., 134). Esta politización se traduciría en un accionar disperso y confuso por parte de los organismos competentes. En su análisis de la implementación de la gestión de riesgos, Rebotier encuentra que son los municipios y cantones los que deben encontrar las soluciones a su territorio, basándose en principios conceptuales anexados por la Secretaría Nacional de Gestión de Riesgos, provocando que la ejecución se desarrolle desde abajo hacia arriba. Sumándose, “es de recalcar que no existe un plan nacional de gestión de riesgos que

ofrezca un rumbo mediante grandes lineamientos, prioridades políticas o metodologías privilegiadas” (Rebotier 2016,50).

Por lo tanto, si el diseño de la gestión de la ayuda humanitaria realizada por el Estado está pensada para implementarse sólo en *albergues*, y al mismo tiempo, en territorio no se cuenta con las capacidades técnicas y operativas para administrarlos eficientemente, podríamos inferir entonces que éstos no serán respuesta suficiente. Entonces, ¿qué pasa con las personas fuera del tiempo y espacio administrado por las autoridades? En vista de la necesidad de tomar decisiones y actuar rápidamente en la emergencia, las personas deberán encontrar soluciones por fuera de los programas y estrategias oficiales. Pero, ¿cómo? Volviendo a los manuales de manejo de *albergues*, se puede detectar en algunos de ellos, entrelíneas, la existencia de otras formas de organización, por fuera de las infraestructuras gestionadas por el gobierno. Por ejemplo, la guía de Uruguay menciona “campamentos autogestionados”, los cuales se componen de “personas autoevacuadas” (PNUD-Uruguay 2010, 19), y en el caso de Guatemala, se alude a “autoalbergues” (SOSEP s/f, 4), sin definirlo con precisión. De todos modos, la posición es siempre la misma, estas soluciones quedan por fuera del amparo de la normativa. Esto queda más en claro en el caso ecuatoriano, donde su Modelo de Manejo de Albergues maneja el concepto de “*albergues* (oficiales)”. Llama la atención la aclaración entre paréntesis, denotando que el énfasis ya no está necesariamente puesto en la temporalidad, sino en quién gestiona y de dónde provienen los recursos. Se abre así la posibilidad a la existencia de otros *albergues*, con distinta organización y composición, *albergues* (no oficiales).

Si se trata de colectivos “autogestionados”, “autoevacuados” y “autoalbergados”, entonces podríamos deducir que estos *albergues* son llevados adelante por las mismas personas afectadas, son ellas las que deben poner manos a la obra y solucionar sus propios problemas. Considerando por un lado que “nuevos significados y nuevas instituciones pueden desarrollarse a medida que la experiencia que la sociedad tiene del desastre transforma sus expectativas y comportamientos” (Buchenau y Johnson 2009, 5, traducción propia); y por otro, que estas organizaciones sociales no se construyen en oposición a la infraestructura oficial, sino por propia necesidades propias, denominaremos a estas formas de organización social y territorial como *albergues populares*. A partir de un excelente conocimiento del lugar, suelen comenzar como una respuesta instintiva e inmediata para pasar las réplicas y esperar la asistencia humanitaria en conjunto. A medida que

pasa el tiempo, y ante la falta de ayuda, deben aprovechar al máximo lo que tengan a disposición para mejorar sus condiciones de habitabilidad, improvisando carpas y techos. Los recursos surgen de las mismas personas que se ubican allí, así como de las eventuales donaciones o ayudas individuales. Ubicadas por fuera de la cobertura de la ley y las políticas de derechos humanos, estas formas organizativas surgen de los conocimientos propios de la población local y responden directamente a sus necesidades. Son la materialización en el territorio del esfuerzo y empeño de sus mismos/as habitantes. Es claro que, debido a lo sorpresivo de los terremotos, ninguna de las personas albergadas planeaba encontrarse en estas circunstancias. Sin embargo, deben coaccionar distribuyéndose las tareas necesarias para el funcionamiento del colectivo como un espacio que se preste para la convivencia.

Antes de plantear una resistencia en términos políticos, debemos pensarla en un sentido amplio. En un contexto de catástrofe, las personas deben organizarse para afrontar el clima, los robos, la falta de intimidad, las réplicas, y, quizás principalmente, satisfacer sus necesidades fisiológicas. Éstos, y muchos más, suelen ser los principales motivos por los cuales surgen y desarrollan los *albergues populares*, pero lo que llama la atención en este caso particular es su persistencia. Su resistencia no sólo frente a las condiciones de vida, sino su resistencia frente al carácter transitorio que supondríamos en las funciones de un *albergue*. Se ve involucrada una lucha del diario vivir, y una lucha contra el tiempo.

Esta definición de *albergue popular* se ve influenciada por la propuesta por Stuart Hall (1984) sobre lo popular como “formas y actividades cuyas raíces [están] en las condiciones sociales y materiales de determinadas clases” (Ibíd., 5), es decir las clases populares. Si bien no hemos determinado quienes componen estos colectivos, hemos dejado en claro que la organización es propia y particular al grupo. Para entender entonces quiénes podrían llegar a componer un *albergue popular*, quienes podrían ser las personas que están necesitando ayuda, en el próximo apartado exploraré una perspectiva antropológica sobre los desastres. Así, podremos además comenzar a dimensionar cómo llegan a ocurrir estos siniestros, una y otra vez.

3. La distribución desigual del desastre

En la actualidad, es poco lo que podemos hacer frente a los terremotos. Si bien podemos saber cómo y por qué ocurren, la tecnología disponible no permite anticiparlos más allá del minuto.

Son sorprendidos e incontrolables, a la vez que suelen estar vinculados a escenarios de caos y destrucción. Estos factores han generado que se los perciba comúnmente como “desastres naturales”, implicando una clara tendencia a equiparar, “implícita o explícitamente, los desastres a los eventos físicos ‘naturales’” (Lavell 1996, 8) Este enfoque, que ha sido llamado “fiscalista” (Hewitt 1983), fue impulsado desde las ciencias naturales y las ingenierías. Estos campos de investigación se han dedicado durante décadas a estudiar las actividades del planeta y desarrollar tecnologías de rescate, estableciendo un paradigma que cuantifica los desastres y sus consecuencias en pérdidas materiales, económicas y humanas. De forma que un terremoto es visto como una calamidad que causa un escenario terrible, seguido de un sinnúmero de acciones de emergencia y rescate.

No obstante, debemos tomar en cuenta que los sismos, como tantos otros fenómenos naturales, no garantizan en absoluto la existencia de una catástrofe: una sequía en una zona deshabitada, una erupción volcánica en una isla desierta, o una fuerte tormenta en océano abierto sin navegantes. Ninguno de estos casos resultaría en un titular de noticias. Para que pueda ocurrir un desastre entonces, debe haber personas habitando el territorio en el que ocurre un evento físico de gran magnitud. Claro que su sola presencia no asegura el caos, sino que además deben ser incapaces de asimilar y superar el impacto. En otras palabras, no hay catástrofe sin víctimas. Esto podría parecer bastante evidente, pero lo que la perspectiva “fiscalista” no alcanza a ver es que las víctimas no son consecuencia del desastre, sino que son el desastre en sí mismo. La pérdida material del hogar o del sostén económico no son situaciones arbitrarias que se le imponen a la gente, sino que son algunas de las condiciones que se cumplen para que consideremos un contexto como calamitoso.

Ahora bien, la mayoría de las poblaciones que se ubican en estos territorios han habitado la zona por varias generaciones. Consideremos también que las actividades del planeta son bastante regulares y están interconectadas las unas con las otras de forma integral. Entonces, podríamos deducir que se trata de sociedades que se han visto perjudicadas en más de una ocasión por eventos físicos de mayor o menor magnitud. Sólo en la provincia ecuatoriana de Manabí, han ocurrido cuatro poderosos terremotos en los últimos 75 años (1942, 1964, 1998 y 2016). Entonces, ¿cómo es posible que estas personas no hayan logrado una vida acorde a su contexto?

¿Cómo puede ser que sigan expuestas a los desastres? Si la respuesta no se encuentra en el factor natural, bien podría tener sus orígenes en causas sociales.

Desde hace más de 25 años, la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), formada a partir de un acuerdo entre diez organismos, ha trabajado para promocionar y estimular las investigaciones latinoamericanas que entendieran los desastres como “un problema no resuelto del desarrollo” (LA RED 1992, s/n). Las publicaciones de sus integrantes componen un marco teórico que nos permiten comprender las catástrofes como fenómenos sociales por naturaleza. Al contrario de lo propuesto por las ciencias naturales, sostienen que los desastres surgen principalmente de las malas relaciones que una sociedad establece con su hábitat, siendo éste un problema de raíces históricas y políticas, de forma que “la etapa de las sirenas y de las carpas, de la distribución de auxilios y de los albergues y hospitales de emergencia, constituye apenas la punta del iceberg” (Wilches-Chaux 1993, 10). Estas incompatibilidades entre formas de vida y hábitat tienden a ser sostenidas y forzadas durante largos períodos de tiempo, desafiando el mismo bienestar de la comunidad. La disponibilidad de recursos para superar el impacto no es algo que pueda ser determinado por el terremoto, sino que ésta está en estrecha relación con las capacidades previas al evento.

Con el propósito de comprender cómo se relacionan el factor social y el factor natural en la construcción de un desastre, el investigador colombiano Gustavo Wilches-Chaux (Ibíd.) ha propuesto la siguiente fórmula:

$$\text{Riesgo} \quad \times \quad \text{Vulnerabilidad} \quad = \quad \text{Desastre}$$

Debemos entender el riesgo como la combinación entre la periodicidad y la magnitud de una cierta clase de evento geofísico de un determinado lugar, es decir, cada cuánto y qué tan intenso podrían ser esos terremotos. Como ya mencionamos, los fenómenos naturales son muy difíciles de controlar, por lo que es poco lo que se puede hacer para actuar directamente sobre estos para reducir el riesgo (Cardona 1993; Macías 1999).

Por otro lado, la vulnerabilidad, factor netamente social, incide en la forma en que una población es capaz de desarrollar redes de contención, apoyo y parentesco; o en cómo logra asegurar su abastecimiento de recursos; e incluso, en el acceso que tenga a las tecnologías necesarias; es decir, refiere a la capacidad que tiene una comunidad de superar un terremoto. Construcciones

débiles, falta de organización social, escasas de agua, comunicaciones deficientes. Múltiples son los factores que pueden asegurar un desastre, “pero, de manera activa y potencial, esas amenazas están siempre presentes en el medio” (Wilches-Chaux 1993, 31). La vulnerabilidad existe con anterioridad al fenómeno natural, y es el factor que determina que un terremoto se convierta en un peligro. Posee orígenes en procesos históricos, políticos y sociales que han derivado en un estado de fragilidad, incapaz de soportar un terremoto. Esto significa que las personas expuestas al peligro, viven y transcurren su día a día en condiciones de inseguridad permanente. Tras el impacto de un terremoto, la crisis que se desata “es la actualización del grado de riesgo existente en la sociedad, producido por una inadecuada relación entre el ser humano y el medio físico natural y construido que lo rodea” (Lavell 1996, 14). Lentamente, las sociedades y sus instituciones van generando sus propias debilidades, las que luego podrán verse repotenciadas por un estímulo de origen natural.

A partir de la perspectiva desarrollada por LA RED podemos llegar a percibir mejor quiénes podrían componer los *albergues populares*, además de la calidad y cantidad de sus recursos. Son las personas que viven cotidianamente en condiciones de alta vulnerabilidad las que, en medio de la destrucción y sin recibir ningún tipo de asistencia oficial, deben organizarse y resistir al desastre ¿Pero qué pueden hacer aquellas personas que acaban de perderlo todo? ¿Cómo se puede accionar cuando la vulnerabilidad pareciera ser absoluta? Da la sensación que, desde la postura que acabamos de revisar, las poblaciones vulnerables no cuentan con mucha capacidad de acción. Ubicándoselos incluso como sujetos necesitados de atención y cuidado, reforzando relaciones dominantes y paternalistas desde las autoridades hacia la población. No obstante, como hemos visto anteriormente en el caso ecuatoriano, las soluciones y capacidad operativa de las autoridades no son suficientes ni adecuadas para la atención de las personas más afectadas, debiendo éstas encontrar sus propias soluciones. En la próxima sección entonces, exploraré la propuesta de la filósofa Judith Butler sobre la vulnerabilidad como capital social, pretendiendo demostrar que los *albergues populares* no sólo surgen y desarrollan a pesar de sus problemáticas, sino que se organizan y potencian a partir de ellas, demostrando que “[q]uienes se encuentran expuestos a la violencia sin la protección básica que proporcionan las leyes no están por ello fuera de lo político o desprovistos de toda forma de acción” (Butler 2017b, 84).

4. Activando la vulnerabilidad

En una posición similar a la desarrollada por LA RED, Butler entiende la vulnerabilidad como una forma de relacionarnos con aquello que es exterior a nosotras/os; un conjunto de factores que contextualizan y condicionan a cada uno de los seres sociales, mas no son interiores a éstos.

Determinando tanto la forma en que entendemos lo que nos sucede, así como nuestra capacidad de acción, “la vulnerabilidad siempre tiene un objeto, siempre se forma y experimenta en relación directa con unas condiciones que son ajenas, externas al cuerpo (pero que son parte consustancial de ella)” (Butler 2017c, 149). Surge a partir de los vínculos que establecemos y mantenemos en nuestra rutina, así como de las capacidades que desarrollamos para desenvolvemos como personas.

La postura de la filósofa se desprende en gran parte de la idea de que las personas, como seres sociales que somos, dependemos de otras personas y de instituciones para poder llevar nuestra vida adelante. Así, la inter-dependencia es una necesidad para el desarrollo social individual y colectivo que se opone a la idea de un sujeto individual y autosuficiente. La vulnerabilidad entonces, al mediar las relaciones que podemos desarrollar y llevar adelante, es una base intrínseca de la sociabilidad. Somos de por sí vulnerables, implicados/as en un tejido social que estimula y exige que nos relacionemos.

Sin embargo, la propuesta de Butler se diferencia de trabajada por LA RED al concebir al cuerpo en el centro de la vulnerabilidad. Es en este plano biológico y material en el que la precariedad se hace manifiesta y evidente. La falta de acceso a salud, vivienda, educación o trabajo repercuten en el debilitamiento de las corporalidades de poblaciones enteras. En la actualidad, estos cuerpos se están convirtiendo en causa de reclamos y protestas en numerosas movilizaciones sociales. El cuerpo entonces, no es un asunto privado, sino un tema de debate en la esfera pública. Y no sólo es motivo de lucha, sino que en ocasiones son las mismas personas que viven en condiciones de vulnerabilidad las que se presentan y persisten en espacios públicos para reclamar por sus derechos, demostrando que “las reivindicaciones relativas al cuerpo (su protección, alojamiento, alimentación, movilidad, expresión) a veces tienen que plantearse *con* el cuerpo y sus dimensiones técnicas e infraestructurales, y *a través* de él” (Ibíd., 130-131). El cuerpo humano es el motivo de lucha, a la vez que se convierte en el cuerpo de la resistencia política. Debe acudir, hablar, gritar, tipear, y hasta enfrentar a las fuerzas policiales para luchar.

Cuando las personas pierden sus hogares, pertenencias y trabajos, su precariedad aumenta considerablemente. Entonces, cuando sus cuerpos se juntan y comparten el espacio, “[a]l ser vulnerables a una precariedad socialmente impuesta, cada yo puede ver cómo su propia percepción de la angustia y el fracaso ha estado siempre imbricada en un contexto social mucho más amplio” (Butler 2017a, 29). Esta convivencia permite un reconocimiento en la/el otra/o, en el compartir condiciones y necesidades, induciendo sensaciones de unidad e identidad colectiva. En estos casos, la vulnerabilidad no sólo media las relaciones, sino que las impulsa y fomenta. Es clave el carácter performativo de estas acciones plurales, en las que se halla una fuerte necesidad de la presencia activa de cuerpos que denuncien estar vivos a través de su presentación y organización. Para lograr persistir, las personas deben distribuirse tareas que están mucho más allá de discursos o declaraciones, labores que involucran no sólo el cuerpo, sino que buscan precisamente proteger ese cuerpo que lucha y resiste por una causa mayor. Al conformarse un *albergue popular*, sus integrantes deben re-posicionarse dentro de su territorio y de su comunidad, transformando relaciones de vecinos/as en relaciones de dependencia directa. Los compromisos que estas personas asumen tienen como principal objetivo salvaguardar a quienes participan en ellos, al menos durante lo que ocupe la presencia en las calles y plazas, rechazando toda noción individualista de las personas, para entenderlas inmersas en complejos patrones y redes sociales de interdependencia.

A la vez, vivir en carpas improvisadas en espacios abiertos, con escases de alimentos y agua potable, implica de por sí un entorno hostil, dormir en la calle representa un peligro en sí mismo, una situación que agrava la vulnerabilidad que condicionaba a esas personas desde antes del terremoto. Que estas personas logren encontrar soluciones “a base de ocupar el espacio y de persistir allí es en sí mismo un acto expresivo, un acontecimiento significativo en términos políticos y que puede tener lugar sin palabras en el curso de una congregación impredecible y provisional” (Butler 2017a, 25). Los *albergues populares*, como los movimientos sociales que analiza Butler, implican la permanencia de los cuerpos en un entorno físico peligroso con el propósito de hacer algo con respecto a la vulnerabilidad de las personas. Como puede verse en marchas y protestas a lo largo del mundo, la exposición del cuerpo y su vulnerabilidad es una clara forma de evidenciar la vulneración de los derechos que esos mismos cuerpos están exigiendo. En estas manifestaciones en espacios públicos se puede ver que la “resistencia política se basa, fundamentalmente, en la movilización de la vulnerabilidad y que las formas plurales o

colectivas de resistencia están estructuradas de forma muy distinta a la idea de un sujeto político que establece su agentividad venciendo su vulnerabilidad” (Ibíd. 2014, 11). Para Butler, debemos asumir nuestras realidades sociales y corporales para la lucha política, ambas vulnerables. Una operación muy similar es la que ocurre en los *albergues* populares, donde se acciona a partir de la vulnerabilidad con el fin de erradicarla, incluso incrementándola cuando los cuerpos persisten en el espacio público. Al desplegar su vulnerabilidad, exhibiéndola para que el resto de la sociedad pueda verla, se genera una acción de múltiples denuncias. Por una parte, denuncian la responsabilidad de las autoridades en cuanto a su negligencia histórica, además de exigir ayuda inmediata. Por otro lado, los cuerpos expuestos son el resultado de la pasividad de la población en general, evidenciando la tolerancia que la sociedad ha desarrollado hacia las injusticias de los/as marginados/as sufren día a día. Sin embargo, cuando los/as invisibilizados/as se hacen visibles, generan preocupación, demostrando que existe también rechazo a la idea de que personas vivan en esas condiciones. Se busca entonces que estas denuncias incidan en el campo de la opinión pública, instigando a las autoridades a responder y asumir su competencia. Si no soportamos la idea de que otras personas vivan en condiciones de vulnerabilidad, ¿por qué permitimos que suceda?

Cuando persisten albergados en plazas y calles, esos cuerpos denuncian las injusticias que han vivido y las exigencias que reclaman al Estado. El despliegue de la precariedad en estos espacios públicos no sólo busca contenerla, sino exhibirla para denunciar su existencia. Estas personas se reconocen dependientes, tanto entre ellas como de las instituciones, ya que es a estas últimas que se le exigen los apoyos necesarios para una buena vida. Aunque el terremoto enmascare su situación histórica, un *albergue popular* es el resultado de décadas de políticas insuficientes, pero al mismo tiempo es una organización social que acciona siempre en tiempo presente con el propósito de resistir por un mejor futuro.

5. Lo que transforman los *albergues populares*

Comencé este capítulo planteando que un desastre post-terremoto puede llegar a reconfigurar el tiempo y el espacio de una comunidad. Por una parte, se interrumpe toda forma de rutina, lo que distorsiona la noción misma del tiempo. Por otro lado, los espacios se ven afectados por la destrucción. En el caso de los privados, es muy factible que se desplomen empresas, industrias y negocios, poniendo en riesgo la economía local y regional. Más grave aún es la pérdida de

hogares, lo que provoca que muchas personas pierdan totalmente su espacio privado. En tal caso, pueden verse obligadas a movilizarse a ocupar el espacio público, potencialmente el único sitio accesible y seguro a su disposición, llegando a conformar un *albergue popular*. A lo largo de estas páginas se ha sugerido que estas formas de organización surgen tanto de las necesidades urgentes de las personas como de la incapacidad histórica de los gobiernos para satisfacer necesidades básicas de la población. También he expuesto que son conformados por los sectores sociales más vulnerables.

Una idea que se desprende de lo mencionado es que cada uno de estos *albergues* está ubicado históricamente, en el sentido de que ocupa un espacio determinado y un momento en particular. De esta forma, para poder satisfacer las necesidades de las personas que lo componen se debe gestar una organización para ese espacio y tiempo. Es en este sentido que los *albergues populares* plantean una transformación del espacio público que ocupan, así como del tiempo social, y con esto último me refiero al modo en que las personas comparten y se relacionan en estos sitios. Para dimensionar la forma en que se alteran calles y plazas, antes de analizar el resultado del cambio, será conveniente abordar concepciones sobre el espacio público en contextos más tradicionales, es decir no catastrófico.

Desde una perspectiva tradicional, como la del sociólogo Erving Goffman (1979), los espacios públicos son aquellos en los que las personas aprenden y ponen en práctica lo que este autor denomina orden público, aquellas pautas y prácticas que determinan las formas de relacionarse y comportarse en el espacio común. Así, los lugares públicos serían regulados para la coexistencia de diferentes personas. Cada una de ellas reivindicando una porción para sí misma mientras ocupa el espacio, pero debiendo adaptarse a medida que la gente llega o se va. Un claro ejemplo de estos son los parques y playas muy concurridas. Posturas como ésta no promueven la organización colectiva e inter-dependiente, sino la co-existencia individual en el espacio bajo relaciones mediadas por ‘lo correcto de hacer’. Priorizan relaciones frías y distantes que no perturben las individualidades e intimidades de cada persona. Provocaron además una suerte de pesimismo, como en el caso de su colega contemporáneo Richard Sennett (1974), quien llegó a decretar la muerte del espacio público, bajo el precepto de que éste “se ha transformado en un derivado del movimiento” (Ibíd., 23-24). Calles, estaciones y hasta museos, todos estos espacios se vuelven funcionales al tránsito, volcando a las personas a refugiarse en espacios privados,

sitios de intimidad. No obstante, no podemos dar estos lugares públicos como dados, como pre-configurados, libres de tensiones. Al contrario, los espacios públicos suelen tener gran carga simbólica e histórica. Allí se ponen en juego legitimidades y dominaciones. “La noción 'operatoria' de clasificación y ordenamiento gobierna el espacio entero, del espacio privado al espacio público [...] Sirve ostensiblemente a la homogeneidad global es decir al poder. ¿Quién ordena? ¿Quién clasifica? El Estado, las autoridades ‘públicas’, es decir el poder” (Lefebvre 1974, 433; en Delgado 2013). En este sentido, estos espacios se encuentran claramente restringidos en cuanto a los posibles usos del mismo, pero pueden ser considerados públicos porque se ha permitido el libre acceso a ellas, así como un trato igualitario para quienes lo ocupen momentáneamente. Se regulan y gestionan a partir de lógicas tecnocráticas que administran un territorio delimitado y designado como público (como las plazas cercadas cuyos guardias abren las puertas en horarios limitados).

No obstante, la filósofa Judith Butler (2017b), en su búsqueda por comprender la acción política de algunos de los movimientos sociales que han ocupado las calles en los últimos años, plantea que la esfera pública ha sido construida a través de la exclusión, determinándose también quiénes pueden presentarse en ella y provocando una distribución desigual del espacio público. Por eso, cuando el espacio público es utilizado y ocupado bajo lógicas diferentes a las oficiales para las necesidades urgentes de la población, lo que se pone en juego es justamente la condición pública de ese lugar. Así como no debemos dar por sentado estos lugares, no podemos entender como pre-configuradas las formas de organización social que ocupan estos espacios. El que estas personas logren reunirse implica múltiples dependencias. Por una parte, para agruparse se necesita de las infraestructuras ya existentes de estos espacios, el asfalto, la luminaria, los baños. Por otro lado, se requiere que exista cierta cohesión entre las personas presentes, de forma puedan ser consideradas en su pluralidad. Cuando el espacio público es “ocupado por personas que no tienen derecho a reunirse allí, que salen de zonas de no-aparición para transformarse en cuerpos que se exponen a la violencia y a la muerte cuando se congregan y permanecen en el lugar” (Butler 2017b, 86), tanto el espacio como las personas se ven transformadas a través de la acción colectiva. Las plazas y calles se convierten en espacios de convivencia donde la gente llega a dormir, jugar, conversar, cantar y hasta resistir la represión. Ya no son concebidas como de lugares de paso, de movimiento, sino como lugares para el resguardo y permanencia. Para que esto ocurra, estos lugares son re-interpretados y acondicionados desde una visión colectiva. En la

medida que sus integrantes se apropian del entorno que deben habitar, la comunidad evoluciona. A través de las alianzas que se gestan entre las personas, cada una de ellas debe ceder su individualidad antes los/las demás para garantizar la subsistencia del colectivo. Se conforma entonces, un grupo social que prioriza el desarrollo de relaciones de dependencia, y que no debe ser entendido como un conjunto de individualidades. “Así, para la acción política, debo aparecer ante los demás de maneras que no soy capaz de conocer, y de este modo mi cuerpo se establece por medio de perspectivas que no puedo habitar, pero que seguramente sí habitan en mí” (Butler 2017b, 81). La acción colectiva entonces, surge *entre* las personas, ya que es a partir de compartir y sacrificarse juntos/as por una causa común que surge la confianza y la organización social.

En el caso de los *albergues populares*, estas formas organizativas reconfiguran los espacios públicos que ocupan para organizar y distribuir tareas que sostienen al colectivo. Los senderos de la plaza sirven de calles internas, una pequeña cancha deportiva representa un terreno firme y aplanado para acampar, los árboles y postes se vuelven vigas y soportes, los baños de una escuela pueden ser los únicos a los que los y las albergadas tengan acceso libre durante meses. Los espacios se prestan para usos prácticos y necesidades urgentes de personas que ya no cuenta con espacios privados propios. Al mismo tiempo, toman sus decisiones en forma conjunta, de forma que sus acciones no pueden ser entendidas de otra forma que no sea colectiva. En mi caso de estudio se trata de personas que han vivido cerca toda la vida, por lo que el sentido de unidad viene dado tanto por el territorio y la experiencia como por la sensación de estar compartiendo el momento. De esta forma, las vecinas y vecinos que solían compartir un número restringido de actividades en zonas muy delimitadas, pasan a convivir permanentemente como una red social interdependiente en la que todas las personas deben tomar roles activos para el bien de la comunidad. Se debe cuidar a los niños y niñas, así como a ancianos/as, limpiar los espacios comunes, mantener los baños, perfeccionar las carpas, cocinar. Esta participación dinámica de los y las integrantes de un *albergue popular* involucra a su vez un permanente desarrollo performativo de los cuerpos que garantizan el funcionamiento del colectivo. Cuando actividades tan íntimas como dormir, comer y defecar dependen de la organización de cientos de personas, se hace claro que el cuerpo está en permanente exposición y tensión.

Dormir en el suelo de la plaza no solo era una forma de reclamar lo público y de cuestionar la legitimidad del Estado, sino además, y clarísimamente, era una forma de poner el cuerpo en

el punto de mira con su insistencia, su obstinación y su precariedad, al superar la distinción entre lo público y lo privado en el momento de la revolución. (Butler 2017b, 101)

Desde este enfoque, la conformación de un *albergue popular* podría ser considerada como transformación del espacio público por parte de aquellas personas que necesitan lugar, que carecen de un espacio privado de calidad. Para lograrlo, activan su vulnerabilidad, movilizándola y exhibiéndola para hacer además una denuncia acerca de la vulnerabilidad histórica a la que han sido sometidas.

Capítulo 2

La cámara participativa

1. Introducción

Como mencioné en la introducción, mi trabajo en Bahía de Caráquez comenzó varios años antes del terremoto. Esta investigación en particular se inició a mediados del 2015, con el propósito de entender cómo jóvenes representaban sus identidades a través de un taller de cine que facilitaría yo mismo. Sin embargo, el escenario post-terremoto reconfiguró por completo la ciudad, a la vez que eliminó toda posibilidad de llevar adelante el taller como estaba planeado. Desde entonces, mis visitas a la ciudad se hicieron mucho más frecuentes, tanto con la intención de ayudar y gestionar donaciones, como de comprender el nuevo campo de investigación que se estaba conformando. Mientras podía atestiguar el desorden generado por las autoridades a partir de las tareas de socorro, fui explorando los *albergues populares*, centrándome en ellos, conociendo sus lógicas, funcionamientos y composición. Entenderlos bajo la perspectiva de Judith Butler, como desarrollé en el capítulo anterior, me permitió desarrollar mayor empatía con las personas albergadas, generándome deseos y voluntad de apoyar desde mi posición como investigador.

Teniendo claros mis nuevos objetivos, debía entonces desarrollar una metodología que se ajustase a los mismos. No obstante, seguía interesado en trabajar con el lenguaje audiovisual, ya no en forma de talleres sino como herramienta de registro y exploración. Adicionalmente, mantenía contacto fluido con varios/as estudiantes de talleres anteriores, lo que me permitió explorar la ciudad junto a ellos/as y acceder a otros puntos de vista. De esta forma, decidí comenzar a documentar colectivamente el desastre, con especial énfasis en el *albergue popular* del barrio San Roque, con el objetivo de elaborar una película que diese cuenta del contexto caótico y del esfuerzo de las personas por permanecer unidas.

Se ha tratado principalmente de una metodología adaptada al caso, altamente flexible y que recurre a variados métodos. Por eso, a continuación quisiera presentar el marco de trabajo que me guio dentro del trabajo de campo. Comienzo apoyándome en Butler (2017a, 2017b), específicamente en su entendimiento de la función de los medios en la resistencia de las movilizaciones en espacios públicos. Esto me lleva a preguntar sobre el uso del documental audiovisual como dato y evidencia en las investigaciones antropológicas. Posteriormente,

indagaré en cómo afecta la incorporación de la cámara a la exploración etnográfica. Una vez abordados el lenguaje audiovisual y su herramienta de creación, indagaré en unas de los primeros métodos para la creación etno-cinematográfica, desarrollada por el francés Jean Rouch. Finalmente, me enfocaré en el campo metodológico de la etnografía que actualmente reflexiona y se construye alrededor del uso de la cámara, el Video Participativo. La intención de este compendio es demostrar tanto los lineamientos que guiaron mi trabajo, así como la forma en que estos se fueron desarrollando. Cada abordaje planteando me permitió indagar con mayor profundidad, intentando siempre desarrollar una investigación que surge desde y para la cámara.

1.1. Audiovisual para la resistencia

A medida que iba conociendo mejor el desastre en Bahía de Caráquez y explorando los *albergues*, las ideas de Judith Butler sobre los grupos de personas que ocupan el espacio público resonaban en mí, dando sentidos más profundos a lo que estaba observando. Sin embargo, había un aspecto de su propuesta que no alcanzaba a ver en el caso de los *albergues populares*, lo que me generaba insatisfacción, ya que era el referente al registro audiovisual y el uso estratégico de los medios. Cuando las resistencias populares en el espacio público son transmitidas a otras partes del mundo son re-presentadas como dignas de atención y preocupación,...

...la lucha por la legitimación se despliega invariablemente en la escena de las actuaciones públicas y las imágenes de los medios, y en este contexto los acontecimientos controlados por el Estado entran en puga con los teléfonos móviles y las redes sociales a la hora de hacerse con la cobertura mediática y con la significación transmitida. (Butler 2017a, 20).

Lo que la filósofa planteará es que a partir de los medios el campo de acción se puede “extender” a otras partes y territorios (Butler 2017b), utilizando el audiovisual como herramienta para potenciar el accionar del cuerpo en la plaza. La difusión de videos que registran una concentración de personas puede aumentar cuando esta presencia colectiva representa un desafío a las autoridades y una amenaza para los/as presentes. De la misma forma, en cuanto mayor sea la trascendencia de estos materiales digitales, más sentido tendrá la resistencia de estas personas. Existe entonces, una cierta dependencia en los medios por parte de los colectivos que resisten en el espacio público. Para esto, las personas deben poner el cuerpo para resistir, y al mismo tiempo accionar con sus cámaras y celulares, registrando y publicando lo que ocurre. “Ambos son

ejercicios de libertad estrechamente ligados; es decir, que ambas son formas de ejercer derechos y juntas hacen surgir un espacio de aparición y aseguran su trasposición a otros lugares” (Ibíd., 97).

Sin embargo, a pesar de encontrar tantas similitudes entre estas movilizaciones y los *albergues populares* que investigaba, la resistencia y organización de estos últimos tenía escasa repercusión en los medios masivos de información. Más allá de una mínima participación en las redes sociales, el *albergue* San Roque no contaba con registro ni difusión de sus necesidades y organización. Siguiendo la reflexión de Butler, sentía que esta ausencia comunicativa restaba importancia y discurso político al accionar colectivo. Por ese motivo, resolví comenzar un registro propio con el propósito de generar tanto material de investigación como de denuncia. Es adecuado entonces, preguntarnos por las repercusiones y características de la utilización del audiovisual en la indagación etnográfica, asuntos metodológicos que abordaré a continuación.

1.2. De la imagen etnográfica

La introducción del cine, del lenguaje audiovisual, en la antropología generó cambios epistemológicos en las formas en que se desarrolla el trabajo de campo, condicionando también los datos y evidencias que se generan del mismo. Ya la fotografía había demostrado una capacidad descriptiva que el texto escrito no lograba alcanzar. Siguiendo a MacDougall (1998), en su propuesta del cine transcultural, la presencia de las imágenes en las investigaciones etnográficas conlleva una doble operación que gira en torno a la construcción de la diferencia cultural. Por una parte, la imagen documental evidencia lo diferente, lo ‘exótico’. Este ha sido precisamente el campo tradicional de la antropología, disciplina que a través de la escritura ha desarrollado un trabajo de construcción de la otredad. No obstante, la capacidad descriptiva de las imágenes difiere en gran medida de aquellas del texto. Las primeras, por sus características visuales, poseen la particularidad de presentar detalles con gran exactitud. La palabra escrita en cambio, es capaz de manejar niveles conceptuales y abstractos que no pueden comprenderse de otras formas. “Las imágenes y los textos escritos no sólo nos cuentan cosas de maneras distintas; nos cuentan cosas distintas” (Ibíd., 62). Esta diferencia narrativa entre lo visual y lo escrito se acentuará más en la otra operación en la representación de otras culturas.

Así como las fotografías y videos acentúan las discrepancias, al mismo tiempo dejan en evidencia las similitudes culturales, poniendo en duda la diferencia misma. Los detalles que indican

cercanía cultural, y que son innegables en una imagen, son generalmente dejados fuera de la descripción etnográfica escrita. En este sentido, el uso de recursos visuales fue visto como una amenaza a la labor etnográfica tradicional, aquella encargada de delimitar las culturas. Ambos soportes nos cuentan cosas diferentes. Las imágenes describen y presentan unos determinados atributos de las culturas, diferentes a los que el texto escrito puede presentar, cuestionando así las mismas formas en que se construye y entiende la alteridad.

Podríamos decir, de hecho, que el contenido de una fotografía es abrumadoramente físico y psicológico, antes que cultural. Por ello trasciende la “cultura” de una manera que la mayoría de descripciones etnográficas no pueden hacerlo, no sólo al subordinar diferencias culturales a contenidos más visibles (incluido otro tipo de diferencias como las físicas), sino también al recalcar los rasgos en común que atraviesan los lindes culturales. (Ibíd., 56)

Es cierto también que, al atravesar la cultura, las imágenes en sí mismas no describen en términos etnográficos, pudiendo carecer de valor científico. No obstante, es labor de el/la investigador/a dotarlas de sentido antropológico. De cierta forma “las películas etnográficas no “quieren decir” nada, pero tampoco quieren decir ‘cualquier cosa’ [...] Nos transmiten las dinámicas de relaciones sociales, creando explicaciones por medio de secuencias narrativas y otras estructuras fílmicas. Ellas producen simulacros, en vez de traducciones” (Ibíd., 73). Esta última aclaración pone el énfasis de la escritura en la interpretación, mientras que el audiovisual trabaja alrededor de lo que se ha denominado puesta en escena.

Existe otro peligro en la introducción de la cámara en el trabajo de campo, y es que uno/a puede llegar a creer que la presencia de este dispositivo pasa desapercibido para las personas siendo registradas. Al contrario, “[a]quel (aquella) a quien filmo me mira. Lo que él (ella) mira mirándome, es mi mirada (escucha) sobre él (ella)” (Comolli 2007 [1994], 167). La creación cinematográfica no se encuentra mediada solamente por la perspectiva del realizador, sino por la experiencia y sensibilidad de aquellas personas retratadas, cuestionando la forma en que tradicionalmente se relacionaban etnógrafo/a con su ‘objeto de estudio’. En este sentido, el registro audiovisual condiciona todo el trabajo de campo: tanto las formas en cómo es llevada adelante la investigación, la forma de relacionarse con el campo, como los datos a los que se accede y la manera de interpretarlos. "De lo que se trata es de provocar un acontecimiento para poder aprehenderlo en su desarrollo espontáneo" (Grau 2005, 4). El rodaje se presenta como

forma de diálogo, como una instancia de entendimiento entre las partes. “El etnógrafo sabe que los datos audiovisuales no están ahí en la pantalla, sino en su construcción teórica. Pero los trucos de la representación visual pueden hacernos ver visiones y sospechar, ingenuamente, que el comportamiento filmado es el comportamiento” (Ardèvol 1998, 16). Las películas etnográficas se encuentran completamente atravesadas por diversas miradas, se construyen en base a ellas y, en buena medida, es lo único que logran captar. Por eso, gran parte de labor de el/la investigador/a es saber aprovechar estas características del soporte audiovisual. “La potencia de la cámara no está en la objetividad del medio, sino en el reconocimiento de nuestra mirada en la imagen y, por tanto, en el redescubrimiento de sus pautas y regularidades, de sus subjetividades compartidas y desiguales” (Ibíd., 2). El uso del lenguaje audiovisual en la labor etnográfica no solo brinda la posibilidad de reflexionar sobre el/la otro/a, sino también sobre la posición e intereses de quien maneja la cámara, profundizando aún más en cómo se desarrolla y construye la investigación científica dentro de un mundo donde las distancias y fronteras se vuelven dinámicas.

1.3. La cámara participante

A partir de las características mencionadas acerca del uso del lenguaje audiovisual en la investigación antropológica, quisiera enfocarme brevemente en un caso paradigmático para la antropología visual, el cual podrá darnos más luces acerca de cómo debe ser llevada adelante la labor etnográfica. El documentalista francés Jean Rouch significa una piedra angular en el desarrollo del cine etnográfico, al reclamar películas en las que “el observador está por fin descendiendo de su torre de marfil; su cámara, su grabadora, y su proyector le están conduciendo, a través de un extraño camino de iniciación, al verdadero corazón del conocimiento. (1995, 118). Para Rouch, la sinceridad en los filmes parte del reconocimiento de las diferencias entre las partes involucradas en la investigación, denominando a esta aproximación como *cinéma-vérité* (cine-verdad). Esto implica entonces, evidenciar la presencia e influencia de diversos intereses en el rodaje, empezado por el/la realizador/a. Por eso, este autor relataba sus películas en primera persona, dando cuenta del proceso y de sus propias impresiones. Al mismo tiempo, invitaba a sus contrapartes a presentarse a sí mismos/as ante cámara, como pasa en su film *Jaguar* de 1967. Esta transparencia convierte a todas las personas en actores y actrices de sus propias realidades, tanto en el sentido escénico como social, cada una postula "su verdad", con una intención propia y buscando un efecto particular.

Como somos personas que creemos en el mundo del mañana, el mundo que ahora está en proceso de construcción, sólo será posible si reconocemos la diferencia entre las variadas culturas y si no negamos la existencia de esas culturas tratando de transformarlas en imágenes de nosotros mismos. Para conseguir esto, debemos conocer esas otras culturas; para adquirir este conocimiento, no hay mejor instrumento que el cine etnográfico. (Ibíd., 119)

Desde el punto de vista del *cinéma-vérité*, se debían cumplir algunas condiciones metodológicas para alcanzar la sinceridad en el film, a través de las cuales el/la investigador/a desarrolla una posición de *etnocineasta*. En primera instancia, el etnógrafo, o la etnógrafa, deben pasar un tiempo considerable en el campo antes de iniciar cualquier grabación. Esta etapa será la que permita a la parte investigadora aprender y reflexionar acerca de su contra-parte, comprendiendo similitudes y diferencias, para así poder entablar diálogos sinceros en los que todas/os puedan entenderse. Esto implicará entonces, que el/la etnógrafo/a deben trabajar en solitario, sin grandes equipos de producción que perviertan las potenciales situaciones. "Cada vez que se rueda un filme, se viola la privacidad; pero cuando el etnocineasta está solo, cuando no puede apoyarse en su grupo de extranjeros [...], la responsabilidad por cualquier impureza sólo puede ser asumida por este hombre" (Ídem., 107). Entonces, una vez que el/la etnocineasta se encuentren ya en condiciones de comenzar la filmación, debe utilizar la cámara de forma instintiva y no preconcebida. Se convierte la improvisación de la cámara en una extensión orgánica de las situaciones que ocurren frente a ella, deviniendo en un estado de *cine-trance*, el cual contiene ya las primeras decisiones de montaje al seleccionar y recortar personajes y situaciones en el proceso de puesta en cuadro. Luego del rodaje, Rouch encuentra indispensable que se muestre el material a las personas registradas, sólo de esta forma el/la etnocineasta puede dar cuenta de su mirada, de sus interpretaciones. Además, las personas retratadas pueden así aportar sus opiniones e impresiones para el desarrollo de la puesta en serie de las imágenes, convirtiéndose además en las primeras espectadoras de su propia película. Este proceso etno-cinematográfico compartido deviene entonces en una gran instancia en la que las diferentes partes logran conocerse y entenderse como personas con diferentes bagajes y perspectivas, pero conectadas por un lenguaje común. Rouch deseaba, en última instancia, la conformación de una...

... una "cámara participante" que pasará automáticamente a las manos de los que estaban, hasta ahora, siempre enfrente de ella. Los antropólogos ya no monopolizarán por más tiempo la observación de las cosas. En vez de esto, ambos, ellos y su cultura, serán observados y

grabados. En este sentido, los filmes etnográficos nos ayudaran a “participar” de la antropología. (Ibíd., 120)

1.4. El campo de lo ‘participativo’

Las críticas dirigidas hacia la epistemología científica tradicional dejaron en claro que “la investigación no es un ejercicio académico inocente o distante sino una actividad que tiene algo en juego y que ocurre en un marco de condiciones sociales y políticas” (Tuhiwai Smith 1999, 5, traducción propia). Frente a estos cuestionamientos, parecía cumplirse el deseo de Jean Rouch al surgir con fuerza los métodos participativos dentro de las ciencias sociales. Estos buscaban generar un cambio en el paradigma de la labor investigativa, generando relaciones más humanas y recíprocas entre investigadores y participantes locales. Dentro de este campo metodológico, la rama que se ha enfocado en el uso del audiovisual se ha denominado Video Participativo (VP), el cual trabaja a partir de la imagen con el objetivo de aportar nuevas instancias creativas y autorales en los trabajos etnográficos, creando “información multimodal y narrativa guiada por los intereses y prioridades de los y las participantes, poniendo los métodos literalmente en sus propias manos y permitiendo un mayor acceso al conocimiento sobre la investigación social más allá de la academia” (Gubrium y Harper 2013, 13, traducción propia). A partir de la reflexividad y la sensibilidad estética, se lleva a cabo un proceso crítico que deviene en productos audiovisuales. Éstos suelen ser películas de variada duración que se sustentan tanto en formatos narrativos del documental como de la ficción. En algunos casos, representan la vida cotidiana de sus realizadores/as, o exponen aspectos clave de su cultura; en otras ocasiones, se han puesto en escena mitos, o incluso rodado historias completamente nuevas. Aunque la mayoría de las experiencias de VP se han desarrollado por fuera de la academia, existe ya literatura suficiente al respecto como para esbozar sus características.

Lo primero que podríamos plantear es ¿dónde se da lo participativo? “La pregunta no es solamente en qué medida la comunidad crea material audiovisual, sino en qué grado le pertenece y controla el proceso” (High et al. 2012, 41, traducción propia). Tomando como principio una mayor inclusión de todas las partes intervinientes en el diseño y desarrollo de la labor investigativa, se pretende facilitar transformaciones en los mismos lugares donde se desarrollan. Al ser una investigación diseñada y realizada en conjunto, las realizaciones audiovisuales deben satisfacer a todas las partes, proponiendo espacios seguros de participación donde las y los

participantes locales puedan tener mayor dominio sobre el contenido que se genera. Para que esto ocurra, es vital una colaboración activa de las partes involucradas en todos los procesos de toma de decisiones, “la participación aquí depende de una comunicación crítica e igualitaria y que permita a los y las participantes ser más conscientes y empoderados/as para tomar sus propias decisiones” (Low et al. 2012, 52, traducción propia). Es así que el VP busca difuminar las distancias y límites entre las partes involucradas, aceptando a la vez las diferencias y desarrollando un trato horizontal. “Se necesita asimilar no sólo la ética de nuestra investigación y de nuestros informantes, sino además los códigos éticos de nuestros colaboradores/as, clientes y otras partes interesadas, ya que estos podrían diferir de aquellos que guían el factor antropológico de la investigación” (Pink 2007, 18, traducción propia). El investigador, la investigadora, deja de esconderse tras la objetividad metodológica y se presenta como una persona con sus propios intereses y experiencia. Se busca propiciar así un ambiente de mutuo respeto y entendimiento, en el cual ambas partes entregan y reciben en base a sus intenciones y necesidades, ofreciendo “el potencial de cortar con las jerarquías comúnmente aceptadas entre ‘expertos’, audiencias y miembros de las comunidades locales, y presentar una alternativa a los métodos tradicionales de circulación de media” (Gubrium y Harper 2013, 46, traducción propia). Esto significa que las partes deben relacionarse de forma horizontal a lo largo de la investigación, desarrollando interacciones más humanas y democráticas. El VP debe ser considerado como un espacio de *confluencia*, lo que le permite a su vez ser ‘participativo’ y ‘colaborativo’.

A través de la interacción, el diálogo y el consenso, el VP fomenta el análisis crítico y la reflexividad en los y las participantes, “recontextualizando” (Yang 2012) sus propias realidades a partir del uso de la cámara. La reflexividad no debe ser una práctica limitada al/a investigador/a, sino que debe ser estimulado en todas las partes intervinientes en pos de una mayor claridad frente al campo social, proponiéndose una re-visión crítica de los entornos y situaciones a las que se enfrentan los y las participantes en su día a día desde sus propias perspectivas. De esta forma, se pretende que puedan no solamente dimensionar sus limitaciones y opresiones, sino que puedan comenzar a luchar contra ellas. Para esto, se depende de la “habilidad de los proyectos para fomentar la confianza de los y las participantes en sí mismos/as, así como un énfasis en narrativas de auto-transformación durante el proceso de concientización” (Low et al. 2012, 51, traducción propia). Esta instancia del proceso permite brindar las bases sobre las cuales luego se creará la/s película/s, facilitando también que colectivamente se decida trabajar temáticas e historias locales.

El desarrollo del proceso investigativo debe ser concebido como un espacio de reflexión en el que las y los participantes locales ganan control sobre sus representaciones (Flores 2007).

Al incorporar métodos de disciplinas artísticas en la investigación social, se logra la realización de obras estéticas que devienen datos y evidencias. Precisamente, entre las funciones primordiales del VP se encuentra la de colaborar a “representar cómo las personas experimentan ciertas dimensiones de sus cotidianidad y a crear plataformas sobre las que las personas puedan representar sus experiencias, miradas o cultura” (Pink 2007, 17, traducción propia). De forma que una de sus principales ventajas es que permite a las y los participantes generar narrativas complejas y profundas acerca de sus propias experiencias, utilizando un formato expresivo fácil de decodificar y con gran capacidad de afección. Estos espacios seguros, además de basarse en la confianza, lo hacen en la creatividad. A lo largo del desarrollo de la investigación participativa se está instando a los y las participantes a crear y desarrollar nuevas interpretaciones de sus experiencias para (re)presentarlas. El lenguaje audiovisual, a través de una pedagogía lúdica y participativa, permite que diversas personas puedan realizar películas que transmitan sus propios sentidos, vivencias y expectativas. Los films resultantes contienen conocimientos perdurables, a la vez que expresan parte de la identidad colectiva mientras buscan transformarla. “El conocimiento—información y hechos—pueden solo existir dentro de un contexto que es definido a través de formas específicas de saber y validación” (Hill Collins 2001, 2, traducción propia). Los resultados de las experiencias de VP suelen concretarse en forma de películas documentales, de ficción, investigaciones de estilo periodístico, videos de animación y tantos otros recursos narrativos. Poseen la intrínseca característica de generar historias que difundir, y lo hacen bajo formatos audiovisuales de fácil circulación.

Ahora bien, a pesar de la realización audiovisual creativa y auto-referencial, para el VP el principal objetivo “no es material mediático per se, sino que es usar un proceso de producción mediática para empoderar a las personas con la confianza, habilidades e información que necesitan para enfrentar sus propios problemas” (Shaw y Robertson 1997, 26; en High et al. 2012, 38, traducción propia). Es en este proceso productivo donde se manifiestan las tensiones, negociaciones y transformaciones. Más que la representación generada, lo que interesa al VP es la forma en que se gesta esta representación, de forma que esta etapa tiene el mayor peso en el análisis académico posterior. “Esa experiencia, esencial para las comunidades que las

experimentan, representa también un campo de investigación relevador de los procesos de construcción de identidades, de transformación y de transmisión de conocimientos, de nuevas formas de auto-representación” (Gallois y Carelli 1995, 67). La producción audiovisual se presenta como el desafío y la motivación principal, pero desde este enfoque será el proceso creativo y reflexivo el que genere una experiencia positiva y liminal, ameritando prácticamente toda la atención, y dejando la(s) película(s) resultantes en segundo plano.

No obstante, si gran parte del poder transformador del VP reside en su habilidad de crear representaciones potentes que confrontan e interpelan, es necesaria una mayor consideración a las películas resultantes. Como señala Zoettl (2012) a partir de su extenso trabajo de campo en Brasil y Portugal, gran parte del empoderamiento que pretende generar el VP se juega en el campo de las representaciones, el cual se presenta como una lucha de poderes y significaciones. Luethold (1998), por su parte, encuentra que la expresividad estética juega un papel vital en esta lucha, ya que al tratarse una disputa por significados, cobra gran relevancia el papel de lo simbólico y las analogías. De forma que cuando un grupo decide reflejar su riqueza cultural a través de creaciones audiovisuales, está cuestionando su imagen pública, contra-restando las representaciones negativas impuestas por los sectores hegemónicos. A su vez, aportan nuevos datos y capas de información que deberían ser consideradas por la investigación.

Es en este sentido, que he optado por referirme a la metodología desarrollada en esta investigación como *Cine Participativo*, como una forma de entender las experiencias participativas y las películas que se realizan a partir de ellas como un todo. Tanto el proceso productivo como la obra artística guardan absoluta interdependencia, siguiendo el principio de que "la relación que un creador sostiene con su obra y, por ello, la obra misma, se encuentran afectadas por el sistema de las relaciones sociales en las cuales se realiza la creación" (Bourdieu 2002, 9). Por una parte, destaca el proceso creativo y artístico que se desarrolla a lo largo de la investigación; es decir que no sólo importa quién toma las decisiones, sino qué decisiones estéticas se toman y con qué sustentos. Y por otro lado, se hace hincapié en el carácter etnográfico de la película; es decir, la obra más allá de sus cualidades artísticas, sino en sus dimensiones discursivas y culturales.

Por último, es de destacar que si los procesos de empoderamiento dependen en gran medida de las auto-representaciones generadas a partir de las películas, la polaridad proceso/producto

esconde una enorme dependencia entre ambas partes. Por un lado, un proceso débil dará como resultado un producto audiovisual poco comprometido y con un mensaje poco contundente. Al contrario, un proceso reflexivo y crítico puede dar paso a una gran película. Por otro lado, una película que no logre impactar minimizará los alcances y logros del proceso; mientras que un film que logre ser difundido y reconocido repotenciará el esfuerzo realizado durante su producción.

Resumiendo, mi interés por documentar el *albergue popular* San Roque me llevó a desarrollar un trabajo de campo mayor al año y medio de duración. Durante todo este proceso me mantuve trabajando conjunto a participantes locales, lo que me permitió poder tener mayor acceso y rapport. Cabe recordar que mis principales objetivos se encontraban completamente vinculados entre sí. Me refiero por una parte, a la utilización de la cámara como un medio para explorar y comprender las lógicas y motivaciones de esta organización social; y por otro lado, a la generación de material documental que permitiese darle difusión a ese esfuerzo y resistencia en el espacio público. En el próximo capítulo entonces, presentaré la historia de Bahía de Caráquez, así como un relato detallado del desastre a partir del terremoto y de cómo se fue dando mi trabajo investigativo dentro de él.

Capítulo 3

Zona de desastre

1. Zona de riesgo

“Bahiami”

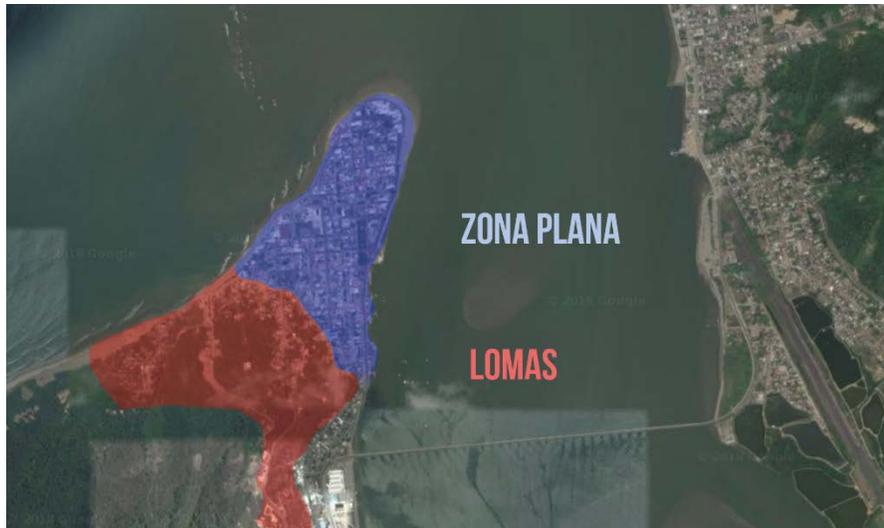
Pequeña ciudad costera ubicada al oeste de Ecuador, en la provincia ecuatoriana de Manabí, junto a la desembocadura del amplio río Chone. Fundada en 1628 con intenciones de darle un puerto seguro a Quito, a lo largo del siglo siguiente el poblado prácticamente desapareció, aunque siguió embarcándose por allí la gran producción de cacao de los valles cercanos (Dueñas de Anhalzer 1991). Al adherirse Ecuador a la Gran Colombia en 1826, se decide brindar múltiples facilidades para la exportación e importación que se hiciesen a través de este puerto, así como estímulos para poblar la ciudad.

Producto de estas políticas, se generó un crecimiento constante que fue sustentado por la élite local que financió su desarrollo. En la segunda mitad del siglo XIX llegaron personas de toda la provincia en busca de oportunidades: comerciantes, indígenas artesanos del sur, *mangaches* (afromanabitas) de los montes del interior. La mayoría se ubicó en las zonas altas de la ciudad, aún deshabitadas y cubiertas de espesa vegetación. No faltaron tampoco los negociantes extranjeros que decidieron instalarse en estas costas (Ferrín 1989). En 1875, gracias a su desarrollo urbano y económico, se separa del cantón Montecristi, creándose el cantón Sucre, con Bahía de Caráquez como capital. Este fue un paso decisivo para ganar autonomía y generar una ciudad según los criterios de su motor económico. Para estas alturas, Ecuador era uno de los principales productores de cacao en el mundo.

Mientras gran parte de la provincia caía en la pobreza, los comerciantes de Bahía aumentaban sus ganancias a través de un modelo explotador. Rosa Ferrín (1989) expone la incidencia del capital usuario en el crecimiento de la ciudad, demostrando que la élite local pudo actuar con bastante libertad. Se crearon varias sociedades comerciales que se dedicaban a la exportación-importación y ofrecían préstamos. Normalmente, se hipotecaban propiedades y los pagos se hacían en productos para exportación valuados por el prestamista. Grandes hacendados productores de cacao perdieron sus tierras de esta forma. Se potenció este modelo con el auge de la semilla de tagua y del caucho, ya que estos productos eran de difícil extracción y se requiere de bastantes

recursos para internarse largas temporadas en los bosques. Esto obligó a los campesinos a unirse a las caravanas que las casas de comercio organizaban, las cuales a además entregaban adelantos de dinero. La mano de obra inmigrante debió someterse a los riesgos del trabajo precario. Así, el sistema de endeudamiento permitía sujetar a una fuerza laboral escasa y proclive al traslado, sometiéndola a la vez a la pobreza y precariedad.

Figura 3.1.1. Foto satelital de Bahía de Caráquez



Fuente: Google Earth 2017

A comienzos del siglo XX ya se distinguía una división territorial basada en los estratos socio-económicos, la cual generaba una distribución demográfica entre las partes altas y bajas del poblado. Las lomas de Bahía ya se encontraban pobladas por varias familias migrantes. Se acostumbraba plantar árboles y arbustos para mantener la tierra firme, además de comestibles como la yuca, el choclo y las habas para la alimentación. Las casas eran sencillas, de madera, y surgían a medida que las personas ocupaban el terreno y se instalaban. En esta zona no se contaba con desarrollo urbano como en la parte baja, donde vivían las familias más pudientes. Estas últimas construyeron sus casas según los estilos que se acostumbraban en Europa y Estados Unidos. Entre ellas destaca la aún existente Casa Americana, construida en los 1860-70s, siendo primero residencia familiar y posteriormente oficina consular de Estados Unidos. En 1886 se crea el actual colegio Eloy Alfaro, símbolo de la educación pública manabita. Ya se contaba con ferrocarril y líneas telegráficas a otras zonas de la provincia. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, Bahía de Caráquez contaba con calles pavimentadas, cuerpo de bomberos, oficinas consulares, un diario, áreas verdes, biblioteca y una planta eléctrica que abastecía algunos barrios.

Se tiene registros de un terremoto ocurrido en mayo de 1896 que habría afectado gravemente a Bahía, Canoa y Portoviejo, abriéndose grandes grietas en la tierra que emanaban agua y arena, levantamientos de tierra y aludes (de la Fuente y Regalado 2015, 296). No obstante, prácticamente no hay indicios de cómo este evento telúrico dañó concretamente al puerto, ni de cómo éste se recuperó. Considerando que en aquel entonces era una localidad que no llegaba a los 1200 habitantes, crecida bajo el estímulo del capital financiero presente, podríamos inferir que fue la misma cúpula económica de la ciudad la que reparó los daños.

No obstante, esta pequeña ciudad era fuertemente dependiente del comercio internacional. Por lo que cuando sobrevino la crisis mundial a fines de los 1920s gran parte de su poderío económico decayó, provocando que se estancara. Bahía de Caráquez no volvió a ser la misma. Al desaparecer el capital que había sustentado su crecimiento, se empobreció durante varias décadas, dejando atrás la época de las grandes propiedades y exportaciones agrícolas. En 1942 sucedió otro fuerte terremoto de magnitud 7.8 en la zona, dejando más de 300 muertos y cientos de edificaciones caídas en la provincia². La población de la ciudad incluso llega a disminuir entre los censos de 1950 y 1962 en un 5%.

A lo largo de la década de los 1980s las riberas del río Chone comenzaron a llenarse de piscinas artificiales para la cría y engorde de camarones. Si bien esto provocó la destrucción de prácticamente todo el manglar local, sedimentando el río y volviéndolo innavegable, la incipiente industria contribuyó a darle algo de actividad a la ciudad. El turismo, en menor medida, también comenzó ser una alternativa laboral. Entre los censos de 1974 y 1990, la población de la ciudad aumentó un 35%, alcanzando a más de 15.000 habitantes.

En los 1990s la ciudad logró prosperar aún más, impulsada por varios actores. La producción acuícola ya generaba ingresos considerables para gran parte de la población, pero quien logró marcar una diferencia en el crecimiento urbano fue el entonces presidente Sixto Durán Ballén. Declarado amante de la ciudad, durante su período 1992-96 brindó un fuerte apoyo para potenciarla y convertirla en uno de los principales balnearios del país. Sin embargo, este impulso estuvo enfocado en las partes bajas de la ciudad, es decir en donde se encontraban las clases más pudiente. En esta década se exacerban las diferencias socio-económicas que ya habían surgido

² Disponible en: <http://www.eldiario.ec/noticias-manabi-ecuador/402381-sismo-de-78-tambien-dejo-dolor-y-muerte-en-1942/> (23/02/2017)

cien años atrás entre las zonas altas y bajas de Bahía, traduciéndose en el territorio en la convivencia de la precariedad y el desarrollo urbano. Al construirse el malecón costero, se emplazaron múltiples edificios vacacionales, cuyos departamentos fueron adquiridos principalmente por gente de ciudades serranas, como Quito. Creció y mejoró también las ofertas hoteleras y gastronómicas. Popularmente se la comenzó a llamar “La sin copia”, y hasta hay quienes se refieren a ella como “Bahiami”. Este discurso fomentó la imagen de una ciudad lujosa, donde veranean familias adineradas de la sierra. A pesar de ello, se oculta la realidad de gran parte de la población de Bahía, principalmente de las zonas altas, quienes deben salir adelante en condiciones de precariedad, subempleo y abandono institucional.

Sin embargo, luego de que Durán Ballén deja el poder, Bahía es víctima de su propio crecimiento. En los años 1997-98, el fenómeno meteorológico de El Niño golpea intensamente la zona, recordándose como uno de los peores desastres de la provincia. Cuentan los y las locales que los montes de la ciudad se partieron con las lluvias, generando avalanchas de barro y arrasando con las casas ubicadas en los taludes, donde se han ubicado los sectores más pobres. La industria camaronera se vio gravemente dañada, mermando los ingresos de la población en general. Adicionalmente, en 1998, cuando todavía no se recuperaba de los temporales, ocurre un nuevo terremoto de magnitud 7.1. En ese entonces, la ciudad contaba ya con alrededor de 50 edificios vacacionales de 4 o más pisos, siendo éstos los más dañados (Argudo 1998, s/n). Las tuberías de agua, que ya eran obsoletas, sufrieron graves averías, así como el hospital y el colegio Eloy Alfaro, causando inconvenientes por varios años³. Cerca de mil familias fueron reubicadas en dos urbanizaciones que se crearon para ellas. La ciudad recibió muy poca ayuda de parte del gobierno nacional, y siendo que las principales inversiones en turismo eran de empresarios quiteños, la ciudad volvió a paralizarse.

Luego de los desastres de 1997-98, las lomas quedaron destruidas y las personas debieron reconstruir por su cuenta, ya que prácticamente no contaron con apoyo estatal. Se generó un crecimiento desordenado y no planificado, basado en viviendas precarias, ausencia de servicios higiénicos, agua potable, alumbrado y tantos factores más. Aún quedan bastantes árboles, por lo que las personas que residen allí resaltan el entorno natural y la posibilidad de estar rodeados de

³ Disponible en: <http://www.eluniverso.com/2003/08/04/0001/12/2DEEDDC7B36448318DB10636B11AFDA5.html> (05/03/2017)

verde. Destacan que aman su tierra y su barrio, y que por nada del mundo desean irse de allí. A su vez, encuentran gran regocijo en el paisaje que puede verse en el monte. Y no es sin justo motivo. Desde allí puede observarse toda la ciudad, así como la infinidad del mar, el estuario del río Chone y toda la costa norte hasta que se pierde en el horizonte. Por otra parte, en la parte baja de la ciudad viven familias de mayores recursos, además de ser el centro administrativo, económico y turístico. Sus habitantes, por lo general, alaban el avance urbano de Bahía, así como sus playas y servicios.

Lentamente, en el siglo XXI, la ciudad crece al ritmo de la industria camaronera, llegando a ubicarse más de 5000 hectáreas de criadero y engorde en el estuario del río Chone⁴.

Paulatinamente, se recupera el sector turístico. En 2010, ya superando los 20.000 habitantes, se inaugura el puente Los Caras, de más de 2 kilómetros de largo cruzando el río Chone, brindando mayor movilidad y accesibilidad a la ciudad hacia la costa norte al conectarla con el poblado vecino San Vicente. Tres años después, en la entrada de la ciudad junto al puente se construye un centro comercial con patio de comidas, gran supermercado y varias tiendas de productos importados. Habiendo pasado ya 18 años desde las últimas catástrofes, Bahía de Caráquez parecía estar recuperada, lista para otro boom comercial que aportase considerablemente a su crecimiento y desarrollo.



Figura 3.1.1.2. Foto aérea de Bahía de Caráquez en 2013

Fuente: Pablo Secaira, *Bahía desde el aire*, 2013, fotografía digital. Derechos de autor de P. Secaira. Reimpreso con autorización.

⁴ Disponible en: <http://www.revistalideres.ec/lideres/industria-nacional-camaron-refloto-fuerza.html>

2. Zona de emergencia

2.1. 16/05/2016, 18:58

Era sábado, 16 de abril. Como todos los días, había varios espectadores ubicados en el malecón frente a la playa esperando ver el sol ponerse sobre el mar. Había sido un día despejado y gran clima. Varias personas me comentaron que ese día el atardecer fue particularmente bello, que tenía una energía especial. La tarde finalizaba, mucha gente estaba en las calles y el comercio se encontraba activo. Las cafeterías y restaurants servían meriendas, las familias paseaban. Otras personas se preparaban para las actividades de la noche. Bautizos, aniversarios, cumpleaños, conciertos. Otro sábado más.

De pronto, comenzó a escucharse un intenso sonido, grave y gutural, que parecía provenir de todas partes, acaparando la atención general. Los sentidos e instintos se pusieron en alerta, sobresaltados por aquella advertencia, pero sin que nadie pudiese alcanzar a reaccionar. Las piernas son lo primero que advierte el movimiento. El suelo comienza a sacudirse progresivamente. “¡Temblor! ¡Temblor!”. Las paredes crujen, los vidrios se sacuden, comienzan a caer objetos pequeños. Se busca soportes donde aferrarse, donde esconderse. Una mesada, la cama, un árbol, el marco de una puerta, junto a un escritorio, un poste. Adrenalina, miedo, sorpresa. El cuerpo no alcanza de procesar los múltiples estímulos del entorno, mientras montones de recuerdos vienen a la mente. “Esto ya lo viví”, el cuerpo recuerda. Ya van 20 segundos y no para. Aumenta. “¡Terremoto! ¡Terremoto!”. Las calles asfaltadas se levantan en forma de olas que recorren las cuadras de la ciudad. Comienzan a caerse los pisos altos de varias edificaciones. Gritos, muchos gritos. Vidrios que se rompen. Caen edificios, caen casas, caen negocios. Las fuerzas ya no alcanzan para sostenerse. Alguien indicó que sentía que lo arrojaban como un niño al aire para dejarlo caer al suelo, una y otra vez. Alguien se paralizó del miedo. Alguien comentó que lo sorprendió en el baño. Alguien dijo que parecía el fin del mundo.

La tierra seguía moviéndose durante la noche en forma de pequeños temblores esporádicos. Había una gran tensión entre la gente que desesperada intentaba entender qué había pasado. La luz no regresaba y las comunicaciones fallaban constantemente. Durante la noche se debía intentar llamar constantemente, en algún momento entraba la llamada. En medio de las penumbras y el desconcierto, cerca de las nueve de la noche, comenzaron los saqueos. Pocos lugares se salvaron. Hoteles, casas, negocios. Aquella noche nadie pudo dormir, aterrorizados de

ser los/as próximos/as. Hubo quienes optaron incluso por pernoctar dentro de sus vehículos con los seguros puestos. Otras familias juntaron lo que pudieron y dejaron enseguida la ciudad.

El barrio San Roque está compuesto por dos grandes lomas y viviendas precarias, lo que provocó que la gran mayoría de sus vecinos y vecinas escapasen a la plaza ubicada en la parte baja y plana del barrio. Buscando resguardo y contención, permanecieron allí toda la noche. Luego me comentarían que 80% de sus viviendas habían “desaparecido” en el terremoto. Desde muy temprano el domingo las personas comenzaron a tratar de recuperar sus pertenencias de bajo escombros y levantar carpas improvisadas en la plaza. En el resto de la ciudad, algunas familias lo hicieron frente a sus respectivas propiedades en la calle u otro espacio común de sus barrios. No sólo servían de refugio, sino que allí comenzaron a salvaguardar sus bienes. Yessenia, quien ha vivido toda su vida en las lomas, encontró un horno en la calle y consiguió que le regalasen algo de carne, hueso y verduras en algunos de los negocios del mercado, los cuales abrieron para vender la mercadería que tuviesen, aunque muchos/as comerciantes directamente regalaron y fiaron comida. Con otras vecinas, juntaron algunos alimentos más y comenzaron a cocinar para quienes se encontraban en la plaza de su barrio. Ese día no llegaría prácticamente nada de asistencia externa, ninguna institución pública o fuerzas militares. Desde el día siguiente al terremoto, en San Roque, como en varias partes más de la ciudad, se hacían guardias comunitarias por las noches. Ante la ausencia de luz eléctrica, se prendían fuegos en las calles, los que a su vez brindaban sensación de protección y permitían preparar café para acompañar la velada y las conversaciones. Se compartían relatos de éste y otros sismos, consejos y apoyo.



Figura 3.2.1.1. Restos de edificio
Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.1.2. Casa destruida en *San Roque*
Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016

El lunes comenzaron a llegar las fuerzas de seguridad y algunos organismos estatales, instalándose en el terminal de buses, a las afueras de Bahía de Caráquez. El martes 19 de abril, la ciudad fue declarada “zona en emergencia”⁵. Sin embargo, las instituciones públicas encargadas de brindar asistencia médica y social consideraron que era muy riesgoso instalarse dentro de la ciudad debido al potencial colapso de edificios, por lo que decidieron acampar y atender en la entrada a la ciudad. Esto provocaría que las/os funcionarias/os encargadas/os de censar la situación de la población no tuviesen permitido ingresar a Bahía, ya que podían correr peligro. La entrega de alimentos y productos de aseo personal era realizada por personal militar sólo en zonas periféricas y localidades aledañas, sin contar con información demográfica de estos barrios. Esto permitió que algunas personas pudiesen acaparar y almacenar asistencia. El auxilio presentó conflictos entre diferentes realidades que tenían iguales necesidades. Por una parte, se encontraban quienes lo habían perdido todo. Por otro lado, aquellas personas que siempre vivieron en condiciones precarias. A pesar de que ambas situaciones tienen raíces y causas comunes, la urgencia opacó este factor, fomentando la confrontación y la falta de empatía en algunos casos.



Figura 3.2.1.3. Demoliciones en el malecón
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

⁵ La Ley Orgánica del Sistema Nacional de Contratación pública, el numeral 31 del artículo 6, define en las “situaciones de emergencia” como “aquellas generadas por acontecimientos graves tales como accidentes, terremotos, inundaciones, sequías, grave conmoción interna, inminente agresión externa, guerra internacional, catástrofes naturales, y otras que provengan de fuerza mayor o caso fortuito, a nivel nacional, sectorial o institucional.” La declaratoria de emergencia del cantón Sucre puede encontrarse en: <http://www.sucre.gob.ec/images/Resolucion.compressed.pdf>

En Ecuador, según el protocolo de la Secretaría de Gestión de Riesgos (SGR), ante una adversidad o emergencia deben activarse los Comités de Operaciones de Emergencia (COEs) para una rápida asistencia. Cada cantón cuenta con un COE local presidido por el municipio con el propósito de tener información y experiencia de primera mano y se complementa con diferentes organismos como el Ministerio de Defensa, el Ministerio de Inclusión Económica y Social y la misma SGR. Según me han afirmado varias fuentes, el 16 de abril el alcalde se encontraba en otra localidad cercana, sin haber podido ver las consecuencias del terremoto en la ciudad. Esa noche, cuando lo llamaron del COE zonal para consultar sobre el estado de la ciudad, en un intento de demostrar autosuficiencia, habría indicado que la ciudad se encontraba perfectamente bien y que no se requerían ayudas urgentes. Bahía no fue declarada “zona cero”⁶ y esta habría sido la razón, ya que otras urbes que se encuentran más alejadas del epicentro sí recibieron esta calificación. Así, la ciudad no figuró entre las prioridades de los planes de rescate y emergencia, entorpeciendo la rehabilitación. La ayuda inicial fue escasa y lenta⁷. Adicionalmente, se tomó la decisión técnica de determinar a la ciudad como zona peligrosa, por lo que se prohibió el ingreso de funcionarios/as públicos/as, a excepción del personal militar. Esto provocó que no se realizasen a tiempo censos y mapeos de las necesidades urgentes de la población, repartiéndose las donaciones en los suburbios y zonas próximas a Bahía, donde la destrucción no había sido tan fuerte.



Figura 3.2.1.4.
Situación de primeros días, fuera de Bahía
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.1.5.
Situación de primeros días, dentro de Bahía
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

⁶ Se entiende como “zona cero” a aquellos lugares cercanos al epicentro del evento y que se encuentran severamente dañados, requiriendo mayor asistencia.

⁷ Disponible en:

http://www.ecuadorinmediato.com/index.php?module=Noticias&func=news_user_view&id=2818800147

El COE local se fue conformando a las afueras en el terminal de buses, ubicado a las afueras de la ciudad, en una zona poca habitada, plana y seca, alejada de la costa. Completamente cercado, se acumularon allí montones de donaciones y provisiones, acamparon militares y rescatistas, se instaló un comedor para las/os funcionarias/os y se rodeó de personas desesperadas por ayuda. Paralelamente, se instaló un hospital móvil en la entrada de la ciudad para que las personas que necesitasen asistencia se trasladaran hasta allí. Dentro de la ciudad, se determinó toque de queda a las ocho de la noche y las calles eran patrulladas. No obstante, se siguieron registrando robos nocturnos durante varias jornadas más.

Con el pasar de los días, habiéndose acabado gran parte de las provisiones, el arroz y el atún se volvieron comida generalizada. Mucha gente de otras partes, incluso de Quito, llegó en automóvil a recorrer las cuadras y observar el panorama devastador. A su paso, iban entregando donaciones a quien lo mereciese según su criterio. Ropa, comida enlatada y no perecedera, carpas, agua en botellones. La gran mayoría de la asistencia que recibieron los y las bahienses que se encontraban en las calles fueron iniciativas esporádicas, particulares y privadas, completamente insuficientes para la demanda de toda la ciudad. El desastre se agudizó debido a la falta de servicios. Por varios días no hubo abastecimiento de agua ni luz, y pasado más de año y medio desde el evento continúan con permanentes interrupciones. La red celular demoró algunos días en ser reparada.



Figura 3.2.1.6. Restos de una casa en una loma de San Roque
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

La gran mayoría de los edificios de instituciones y servicios de la ciudad se vieron seriamente afectados. El seguro social, el hospital, el teatro, la capitanía del puerto, la agencia tributaria, el principal banco, radios, así como todo tipo de negocios. Todos debieron ser demolidos

posteriormente. El municipio sufrió graves daños en sus exteriores, debiéndose reubicar las oficinas mientras es reparado. Además, se instaló un campamento médico en la entrada a la ciudad. Aunque hubo una gran cantidad de heridos/as, la cantidad de fallecidos/as en Bahía fue bastante menor en relación a otras ciudades de la provincia.

Durante la primera semana, las calles de la ciudad se rebosaron de personas uniformadas, grandes maquinarias, tierra, escombros, lotes vacíos. Todo comenzó a ser analizado y medido, contabilizado. Cada casa, cada edificio, cada ladrillo es evaluado. Una lata de pintura en aerosol decretará la sentencia en la fachada del inmueble. Se determinó que al menos 90% de la ciudad había sido afectada por el sismo. La limpieza y reconstrucción durarían años, por lo que son varias las organizaciones que se muestran interesadas en esta labor. Universidades, organismos estatales, rescatistas, compañías constructoras. Debido a su fuerte presencia operativa en el país, así como estrechas relaciones comerciales con el gobierno nacional, un importante porcentaje de las evaluaciones era realizado por empresas contratistas chinas. Estas mismas eran las encargadas de las demoliciones y posteriores limpiezas de terrenos en Bahía, cobrando por cada lote trabajado. Esto generaría que los exámenes estructurales no fueran imparciales. Adicionalmente, los derribamientos se hacían sin costos para las personas afectadas durante las primeras semanas, lo que también fue un determinante para múltiples construcciones fueran derribadas cuando podían ser reparadas.

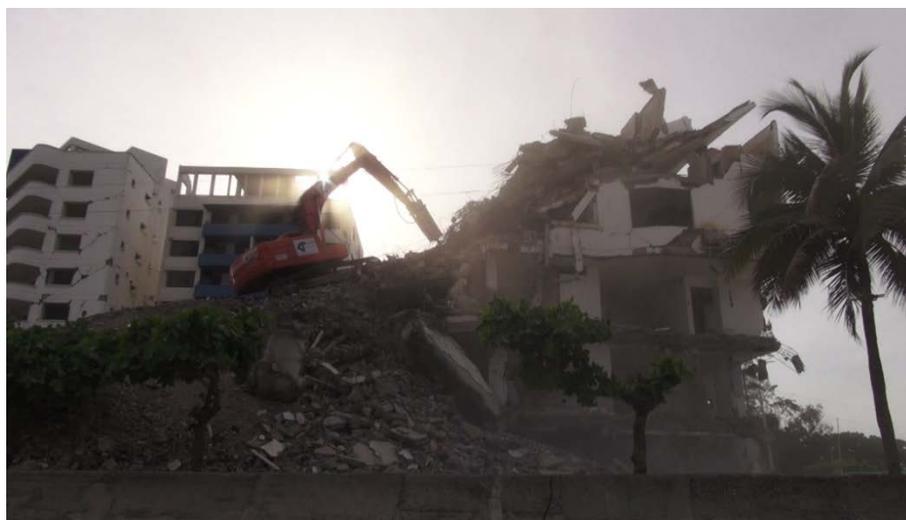


Figura 3.2.1.7. Demoliciones en la ciudad
Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016

2.2. 16A

Durante el primer mes se configuró el escenario que se viviría en la ciudad durante casi un año. Se adoptó también el término que las personas en la costa usan para referirse al terremoto ocurrido el 16 de abril, “16A”. Bahía de Caráquez luce vaciada. Poca gente recorre las calles, el paisaje cambia día a día. Demoliciones, cortes de calle y escombros modifican permanentemente una ciudad donde la gente solía guiarse por el paisaje urbano más que por la nomenclatura de las calles. Sixtina ha vivido aquí desde que nació hace 42 años. Se ríe nerviosa cuando me comenta que desde que comenzó el 16A se ha desorientado varias veces debido a la falta de referentes. No son pocas las personas que me relataron situaciones similares. Ante mi consulta, casi todas afirmaron que les generaba angustia. Adicionalmente, gran cantidad de gente se ha ido, migrando en la primera oportunidad que tuvieron. Quito, Guayaquil, Manta, Portoviejo y hasta Loja fueron los destinos de muchas familias. Otras tantas que no pudieron habitar sus hogares, ya sea por destrucción o reparación, tuvieron que buscar dónde rentar. En Bahía la oferta era sumamente escasa, por lo que muchas personas tuvieron que buscar en localidades cercanas. Allí, los precios de los alquileres comenzaron a subir con la demanda de los primeros meses.

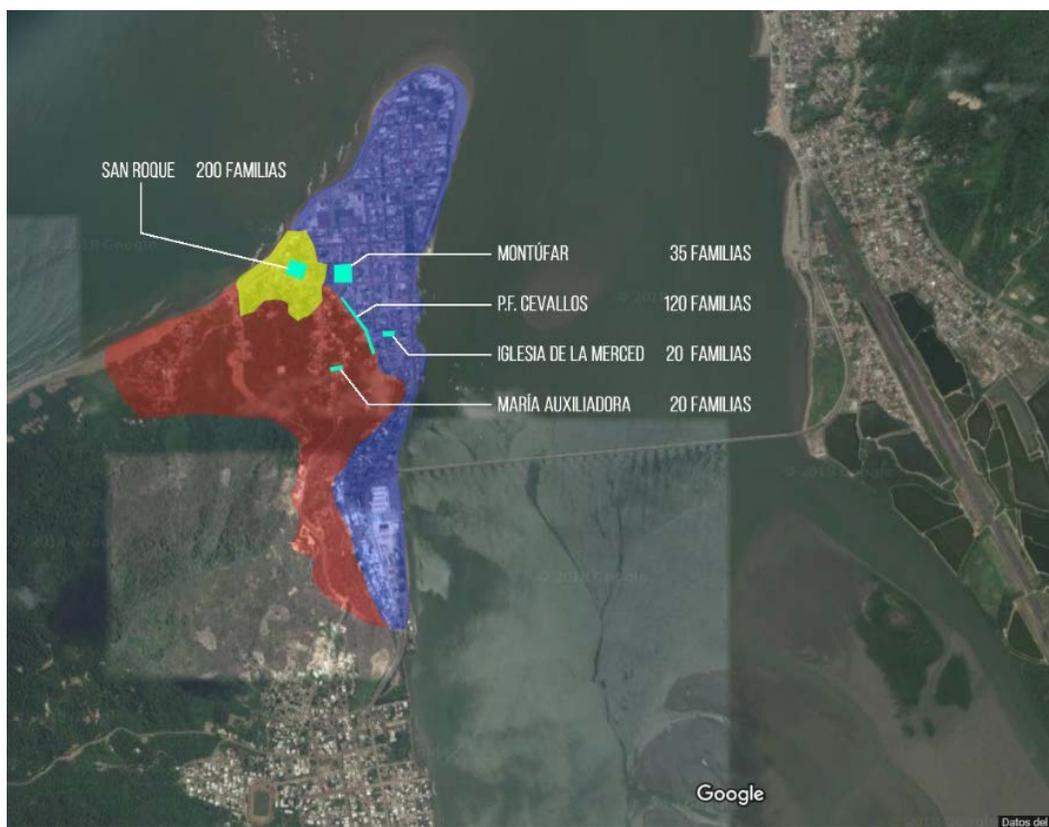


Figura 3.2.2.1. Ubicación de *albergues populares* en Bahía de Caráquez

Fuente: Google Earth 2017

A estas alturas, las personas que habitaban en la plaza de San Roque ya se habían conformado paulatinamente como lo que hemos dado en llamar *albergue popular*. Lo mismo había pasado en algunos sectores más. Con palos, tablas, zinc, cuerdas, alambres, plásticos, lonas y cuanto material se pudiese conseguir. Todos se generaron en espacios públicos, formados a partir de las personas del mismo barrio que por lo general mantienen fuertes lazos de parentesco, y autodenominándose por el barrio donde se ubicaban: San Roque, 200 familias; Pedro Fermín Cevallos, 120 familias; Barrio Central, 15; Montúfar, 35 familias; Iglesia de la Merced, alrededor de 20; y en la subida a la cruz, en María Auxiliadora, 20 familias más. Con el pasar de los meses, Barrio Central se disolvió y sus integrantes se sumaron a Pedro Fermín Cevallos.



Figura 3.2.2.2. *Albergue popular* San Roque Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.2.3. *Albergue popular* P. F. Cevallos Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.2.4. *Albergue popular* Montúfar Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.2.5. Interior de carpa San Roque Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.2.2.6. Interior de carpa en San Roque
Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016

Cada *albergue popular* puso un cartel muy visible con su nombre, en una clara señal de autodeterminación. Además de los nombres y las redes sociales que componían cada albergue, cada organización se caracterizó por los materiales con que fueron construidas las viviendas. El entorno, así como la misma composición y distribución de las carpas, condicionó en gran medida la identidad colectiva que surgió en cada *albergue popular*. En el caso de San Roque, las viviendas afectadas eran principalmente de madera y zinc, los cuales son más fáciles de rescatar y reutilizar que otros materiales como el cemento. Esto permitió que se construyeran carpas/habitaciones amplias en las vivían entre tres y cuatro núcleos familiares. Ocuparon toda la plaza, de una manzana, ya que era el único lugar despejado del barrio. Se distribuyeron principalmente en los canteros, dejando libres los caminos y una cancha de vóley con piso de cemento donde los niños y niñas jugaban, aunque no tenían permitido hacerlo con pelotas ya que podían golpear alguna carpa. Contaban con dos baños que pertenecían ya a la infraestructura del lugar, además de un pequeño escenario techado que se encontraba partido, pero que igual era aprovechado para hacer actividades con los y las más pequeñas.

En contraposición, el *albergue* Pedro Fermín Cevallos no contaba con espacios comunes, pero se ubicaba en la calle del mismo nombre. Por lo general, cada familia extendida se instaló frente a su propiedad, las cuales solían ser casas de cemento de dos a cuatro pisos, formando una larga hilera a lo largo de 500 metros. Se utilizaron entonces toldos, plásticos y carpas para instalarse. Las familias ampliadas se ubicaron juntando sus carpas, dejando al menos unos metros de separación con los otros grupos. Dependiendo de la estructura, cada una contenía de una a cuatro núcleos familiares. Este colectivo era el que tenía mayores complicaciones, poco acceso a agua

entubada, y sólo algunos baños químicos de escaso mantenimiento. Los materiales plásticos también fueron utilizados en la plaza frente a la Iglesia de la Merced, pero allí se aglomeraron en carpas pequeñas y colindantes, sin dejar prácticamente espacio entre ellas. Estas personas vivían en los alrededores y también poseían casas de materiales duros. Los *albergues populares* de María Auxiliadora, Barrio Centro y Montúfar fueron beneficiarios de donaciones privadas, recibiendo sencillas estructuras prefabricadas de aluminio. Todos se situaron en zonas planas previamente vacías, con máximo dos núcleos familiares por vivienda. Montúfar es el nombre de la escuela donde se ubicaron estas familias. El terreno, de una manzana, cuenta con pared perimetral. Se ubicaron en una de las dos canchas de cemento y dejaron un espacio libre para que los niños y niñas jugaran. Los/as adultos/as consiguieron una carpa amplia sin paredes para ponerla allí, y le colocaron un cartel que decía “Espacio lúdico”. Al contar con dos baños, se ha destinado uno para mujeres y otro para hombres. Es el único *albergue* que contaba con ducha en su interior.

El año escolar estaba programado para comenzar dos semanas luego del terremoto, siendo retrasado su inicio por dos meses más. Este factor determinó en gran medida las rutinas que se establecieron al comienzo en los *albergues populares*. Era sumamente necesario organizarse para cuidar a los niños y niñas. Mucha gente salía desde temprano a trabajar o hacer trámites para ayudas y subsidios, esto generaba que las personas mayores se encargasen de ellos y ellas, facilitando el diálogo intergeneracional. Los/as más pequeños/as jugaban gran parte del tiempo en los espacios comunes y en general estaban muy contentos de pasar tanto tiempo juntos/as, lo cual además facilitaba su cuidado. Los/as adolescentes se tuvieron que hacer cargo de las labores hogareñas durante las mañanas. Apenas podían, salen del albergue para encontrarse con sus amistades. Cerca del mediodía comienzan a llegar las madres para preparar el almuerzo, ya que la tendencia es que cada familia extendida organice sus comidas. La única excepción es Montúfar, donde éstas son preparadas colectiva y rotativamente entre equipos de mujeres. En las tardes, suele haber mucho más movimiento, ya que varios/as adultos/as se quedan a cuidar a los niños y niñas. El calor disminuye, y vuelven aquellos/as adultos/as que trabajan. Al comenzar la noche, cerca de las 19, es cuando más gente se ve entrando y saliendo de estos *albergues*, gente recorriendo sus interiores, o sentadas al aire libre para disfrutar la brisa y conversar. A las 21 las familias comienzan a ingresar a sus carpas, donde se suele observar televisión un par de horas cuando el servicio de electricidad lo permite.

Cada *albergue popular* contó con personas que lideraron su organización y las gestiones al interior y exterior de ellos. Solucionando conflictos, organizando mingas, consiguiendo donaciones, tramitando bonos; el rol de cuidado y desarrollo fue llevado adelante por mujeres en los *albergues*. Cada uno contaba con una Presidenta elegida comunitariamente. Al trabajar o conversar con ellas, es fácil notar porqué lo son. De carácter amable y abierto, decididas a sacar adelante a su comunidad. Entendían su rol como conciliadoras, organizadores y gestoras. La única excepción fue el *albergue* ubicado frente a la iglesia, donde el Padre Bruno se dedicó con esmero a ese colectivo.

Yessenia, a quien mencionábamos anteriormente, continuó trabajando y accionando para el bien de su *albergue* San Roque, donde vive con sus tres hijas/os y su marido pintor. Aunque no tenía participación política alguna antes del terremoto, su actitud cambió completamente a partir del mismo, y con el pasar de los meses fue elegida Presidenta barrial. Luego de que una de sus hijas participó activamente en un taller de video con celulares que facilité para niños y niñas albergadas, y de haberle ayudado en algunas gestiones, me sentí en confianza para solicitarle grabar una entrevista, a lo que accedió gustosa. En ella, me relató lo complicado que ha sido el 16A. Afirma que su barrio siempre ha sido visto como problemático por las autoridades, aunque admite que en sus calles circula bastante droga. Además, en uno de sus extremos se ubica una “zona de tolerancia” hacia el comercio sexual. Yessenia no se siente cómoda al hablar de pobreza, y al referirse a sus vecinos y vecinas asegura que es “gente que quizás tiene sus defectos, pero esa gente es cuando más se debe de apoyar ahora”. Siente que su labor es necesaria y que marca una diferencia, ese es uno de los principales motivos para esforzarse. Se siente en igual condición que los demás, lo que le da un mejor entendimiento de las carencias a cubrir. Yessenia define sus funciones como...

...gestionar lo que en realidad necesitamos nosotros. Lo mío es gestión. Yo soy una mujer... rica de corazón, de alma... pero pobre porque no tengo dinero porque no trabajo, pero sí puedo gestionar. Cualquier lugar que yo vaya, yo me meto, yo consigo y consigo para mi gente.



Figura 3.2.2.7. Yessenia junto a su hija
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2017

Consciente del esfuerzo que refiere la cohesión y transformación social, Yessenia trabaja conjuntamente con diez vecinos y vecinas que conforman una comisión para dar mayor seguimiento y agilizar. Como parte de sus medidas de comunicación, se creó un perfil de Facebook del *albergue* en donde se muestran las actividades colectivas organizadas. Además, han creado grupos de chat para mantenerse comunicados/as con todas las personas del barrio. Se acercaron a grupos vulnerables como jóvenes consumidores/as de droga y trabajadoras sexuales para incluirlos a la vida política del barrio a través del diálogo, estableciendo necesidades y líneas de trabajo. “Con la lucha de todos los moradores yo sé que vamos a poder cambiar poco a poco, yo sé que las cosas no se pueden dar de una”. Se angustia cuando sostiene que siempre ha faltado inversión por parte del municipio, y como esto ha contribuido en gran medida a generar un desastre mayor. A lo largo del *I6A*, se han organizado para tramitar casas para familias del barrio, realizar actividades lúdicas colectivas (tanto para adultos/os como para los niños y niñas), conseguir donaciones, mingas, y varias actividades más.



Figura 3.2.2.8. Portada de perfil de Facebook de *albergue popular* San Roque
Fuente: Perfil de Facebook de Barrio San Roque, captura de pantalla

Al cumplirse los primeros 30 días del *16A*, cerca de 1000 familias en el cantón Sucre vivían en *albergues* y refugios⁸. Avanzadas las inspecciones de las infraestructuras en la ciudad, el COE local determinó que las personas que tuviesen viviendas habitables debían volver a ellas, mientras que aquellas que no tuviesen casa donde residir debían mudarse al recién terminado *albergue oficial* Fuerza Sucre. A pesar de que no se presentó ningún informe técnico, y de que han sido habitadas desde los comienzos de Bahía de Caráquez, las lomas de la ciudad fueron declaradas “No aptas para la vivienda”, generando gran controversia. En ellas se ubican justamente los barrios más precarios y a la vez los más perjudicados de la ciudad, como San Roque, Bellavista y María Auxiliadora.



Figura 3.2.2.9. *Albergue oficial* Fuerza Sucre
Fuente: Secretaría Nacional de Gestión de la Política

⁸ Según informe de Situación N°65 del 16/05/2016 de la Secretaría de Gestión de Riesgos. Disponible en: <http://www.gestionderiesgos.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2016/05/Informe-de-situaci%C3%B3n-n%C2%B065-especial-16-05-20161.pdf> (17/02/2017)

El *albergue oficial*, con capacidad para 500 personas, se encontraba ubicado detrás del terminal terrestre en una zona poca habitada, plana y seca, con escasa vegetación y alejada de la costa. Allí se brindaba alimentación, limpieza y comida sin costo alguno. Todo el lugar tenía seguridad policial y cerco perimetral, el ingreso era con registro en planilla y debía dejarse la cédula de identidad. Para los y las moradoras, el ingreso sólo era posible de 6:00 a 22:00. Las carpas se presentaban distribuidas en forma de cuadrícula, con pasillos rectos. Desde la entrada, primero se encontraban las personas afectadas, sector que cubría la mayoría del albergue. Luego, al fondo se ubicaban los espacios comunitarios, rodeados de las carpas de los/as profesionales de asistencia. A un costado se había desplegado una cocina amplia y completamente equipada, la cual estaba siendo limpiada por el personal del mismo sector, además de carpas de atención médica. Los/as funcionarios/as competentes evaluarían los casos arribados uno por uno, decidiendo si se podrían reparar los daños de sus casas o habría que asignarse una nueva. El siguiente paso del protocolo oficial sería la entrega de beneficios, desocupación de las carpas en el campamento e ingreso de nuevas familias para renovar el ciclo. Quienes no se alinearan a este procedimiento no recibirían ayuda, sobre todo aquellas personas que habitaban las lomas. Esta fue una decisión clara y firme que se mantuvo durante los meses venideros. Para las autoridades, las personas que se encontraban viviendo colectivamente en las calles lo hacían por su propia voluntad.



Figura 3.2.2.10., figura 3.2.2.11. y figura 3.2.2.12.
Actividades recreativas en *albergue popular* San Roque
Fuente: Yessenia Pallaroso

Mientras tanto, los y las integrantes del *albergue popular* San Roque debían organizarse para realizar limpiezas y mingas colectivas, entre otras actividades. Pensando en generar ingresos económicos de forma colectiva, a los cuatro meses del 16A las mujeres albergadas realizaron una feria culinaria, en la que además se vendieron artesanías y manualidades. Gestionando y a través donaciones, consiguieron tarima y equipo de sonido para las presentaciones de los/as artistas musicales que no cobraron. Se repartieron las tareas y organizaron para que no se repitiesen los menús, de forma que todas pudiesen vender. Lograron obtener los permisos municipales, así como los materiales que le faltasen a alguna compañera, desde parrillas hasta alimentos. Decoraron el barrio y lanzaron una gran fiesta para la gente de la ciudad. Fue tan exitoso que pudieron realizar una segunda versión más grande un mes después. Deseaban realizarlo de forma mensual, llamándolo “Domingos en familia”, reflejando una declaración de valores sociales. Sin embargo los eventos no eran lo suficientemente rentables, sumado a la excesiva dependencia de ayuda externa, no pudieron volver a organizarse. Con el pasar de los meses llegaron a celebrar varias festividades de forma conjunta. Día de la madre, del niño/a, navidad; múltiples fueron las fechas que sirvieron de excusa para fomentar la organización y la identidad colectiva. En cada ocasión se decoró el *albergue* y se organizaron festejos abiertos a la comunidad



Figura 3.2.2.13.
Feria de “Domingos en familia”
Fuente: Yessenia Pallaroso, capturas de pantalla



Figura 3.2.1.14.
Feria de “Domingos en familia”
Fuente: Yessenia Pallaroso, capturas de pantalla



Figura 3.2.2.15.
Feria de “Domingos en familia”
Fuente: Yessenia Pallaroso, capturas de pantalla

Aunque se encuentran unidos y trabajan colaborativamente, están conscientes de que necesitan del apoyo institucional. Cuando se le pregunta por una salida a la situación, Yessenia responde que “[q]ueremos casas en San Roque. Y discúlpeme si lloro pero es que nunca hemos sido tomados en cuenta”. Además, desearía que hubiese escalinatas anchas y luminaria, servicios básicos cubiertos y alcantarillado. Para ella, el barrio Las Peñas, en Guayaquil, es el modelo ideal de cómo quiere que sean las lomas de Bahía. Enseguida, refuerza el comentario de que no desea dejar San Roque, evidenciando un claro vínculo entre la decisión de permanecer en el albergue y sus deseos de desarrollo. “Ahora, a pesar de que aún seguimos debajo de plásticos, estamos felices. Pero la felicidad es porque estamos unidos, esa es la felicidad de nosotros. De aquí del barrio no nos vamos a ir.” Cuando le pregunto por qué la gente se queda en San Roque y no quiere ir al *albergue oficial* aunque no reciban ayuda me confirma lo que varias personas ya me afirmaron: No desean dejar su entorno, manteniéndose cerca de “su” gente. Manifiestan también otras razones logísticas que consideran de menor relevancia, como que los horarios de ingreso no son compatibles con sus rutinas, o que la idea de no tener elección sobre la comida les desagrada.



Figuras 3.2.2.16.
Festejos de Navidad en *albergue* San Roque
Fuente: Perfil de Facebook de Barrio San Roque, capturas de pantalla



Figura 3.2.2.17.
Día del niño y la niña en *albergue* San Roque
Fuente: Perfil de Facebook de Barrio San Roque, capturas de pantalla



Figura 3.2.2.18. Barrio Las Peñas, en Guayaquil.
Fuente: Alcaldía de Guayaquil, fotografías digitales



Figura 3.2.2.19. Barrio Las Peñas, en Guayaquil.
Fuente: Alcaldía de Guayaquil, fotografías digitales

El mercado municipal, principal fuente de abastecimiento para la población local, se vio seriamente estropeado, por lo que sus comerciantes debieron instalarse en las afueras, en la calle. Por su propia cuenta, tuvieron que conseguir los materiales necesarios para poder levantar toldos y poner mesas de trabajo. Anteriormente, dentro del edificio, sólo necesitaban cerrar el pequeño local con reja y candado. Ahora deben montar y desmontar sus puestos cada día, debiendo solucionar dónde almacenar sus productos. Los alimentos no se conservan correctamente, la limpieza pasó a ser un desafío, el calor dificulta las labores, la lluvia espanta a la clientela. Aunque la reparación ha comenzado, los mismos obreros calculan que, como mínimo, estará listo pasados los 16 meses desde el sismo.



Figura 3.2.2.20. Mercado de Bahía de Caráquez
Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016

No sólo familias, también muchos negocios debieron mudarse tratando de mantenerse a flote. Aquellas/os que eran dueñas/os del local, o no podían costear un alquiler, comenzaron atendiendo en un puesto callejero, para poco a poco ir reparando el inmueble. Muchísima gente perdió su trabajo y tuvo que recurrir al comercio informal. Por lejos, la comida es el producto más ofrecido en las calles. La industria camaronera, desarrollada con poca o nula armonía con el entorno natural, se vio seriamente afectada⁹, generando inestabilidad laboral. Otro sector económico muy golpeado fue el turístico. Actualmente, pocas acomodaciones atienden con servicio completo¹⁰.

Antes de la reconstrucción, deben terminarse las demoliciones y sus respectivas limpiezas. A pesar de que se comenzó a los pocos días del terremoto, el proceso se fue dando lentamente. Varias de las construcciones más altas que se mantuvieron en pie tenían fallas estructurales y debían ser derribadas. Los inmuebles más altos llegan a demorar hasta veinte días, trabajándose hasta dos en simultáneo en la ciudad. Considerando que en la ciudad existen 75 edificios entre 6 y 10 pisos¹¹, las evaluaciones, reparaciones y demoliciones tomarán bastante tiempo. Cada derrocamiento debe ser trabajado por al menos dos máquinas con largos brazos hidráulicos. Se comienza arrojando un montón de escombros junto a la edificación, de al menos dos pisos de alto, para que una de las máquinas pueda subirse sobre ella y comenzar a destruir los pisos superiores. Así, se generará una pila similar con los nuevos remanentes. Esto implica el uso de varios camiones volqueta que muevan los escombros, cortes de calles y polvo por varios días. Alrededor de la operación se ubican eventualmente espectadores y espectadoras. Ante cualquier cese de trabajo de la maquinaria, algunos de ellos y ellas se abalanzan sobre los escombros en búsqueda de todo material que sirva, principalmente para reciclaje. Las varillas de metal son las más deseadas. Desde triciclos hasta camionetas vienen a buscar el material para su venta o reutilización.

⁹ Disponible en: <http://www.revistalideres.ec/lideres/ecuador-impacto-terremoto-magap-exportaciones.html> (05/03/2017)

¹⁰ Disponible en: <http://www.elcomercio.com/actualidad/hoteles-bahiadezaraquez-feriado-terremoto-turismo.html> (05/03/2017)

¹¹ Disponible en: <http://www.elcomercio.com/actualidad/terremoto-edificios-bahiadecaraquez-manabi.html> (05/03/2017)



Figura 3.2.2.21. Carpas en malecón de Bahía de Caráquez
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2017

La estrategia por parte de las autoridades frente a los *albergues populares* sería la de abandonarlos a su propio desgaste, suponiendo que eventualmente se incorporarían al protocolo oficial y se trasladarían al *albergue oficial*. Mientras tanto, el trabajo al interior del COE se llenó de conflictos de agendas e intereses entre funcionarios nacionales y municipales. Finalmente, esto desembocó en una fuerte pelea en la que la Municipalidad fue expulsada de la mesa de decisiones. Así, a pesar de que debe ser presidida por el alcalde, pasó a estar conformada por personal que conocía poco o nada sobre Bahía de Caráquez. Cuando ya habían pasado seis meses del *I6A* se diferenciaron claramente las tareas. Las acciones de los gobiernos nacionales y provinciales se limitaron al *albergue oficial* y la construcción de las ciudadelas con las casas que se entregarían, Acuarela II y Cristo del Consuelo. Al quedar todos esos lugares a las afueras de la ciudad, el gobierno nacional limitó en gran medida su presencia dentro de ella. Por otro lado, el municipio buscó diferenciarse realizando obras propias. Sin intenciones de ayudar en los *albergues populares*, se dedicó a rehabilitar a la ciudad, priorizando los sectores más pudientes. Al contrario de lo que ocurría en la plaza de San Roque, se arreglaron las áreas verdes de esta zona y se las mantiene con servicios de jardinería. No se realizó ningún tipo de trabajos en las partes altas de la ciudad con la justificación de la declaratoria de “zona no apta para vivienda”. No obstante, pasado año y medio del *I6A* no se han realizado en estas áreas los estudios que demostrarían el peligro habitacional. A pesar de que las calles se encontraban en aceptables condiciones, se decidió repavimentarlas. Los trabajos han sido lentos y torpemente realizados, complicando aún más a una economía que se activaba muy lentamente, sumando máquinas y polvo al ya aportado por las demoliciones.

Al cumplirse los diez meses del *16A*, el *albergue oficial* Fuerza Sucre fue cerrado. La gran mayoría de sus ocupantes fueron trasladados/as a la ciudadela Acuarela 2, ubicada a poca distancia de donde se encontraban albergados. Es decir, fuera de Bahía. A cuatro kilómetros del centro, un viaje en taxi cuesta el doble que cualquier trayecto dentro de ella, mientras que el bus se demora mucho más debido al estado de las calles. Allí, montones de casas se apilan las unas sobre las otras, unas junto a otras. Unas iguales a las otras, divididas por calles que resaltan la simetría del lugar. Los departamentos son bastante pequeños, contando con dos o tres habitaciones de unos 4-5 mts². Aunque se entregó un gran porcentaje, algunas de las unidades están sin acabar, por lo que las calles y veredas son depósito de materiales de construcción, además de acumular barro. Prácticamente no se han pensado espacios comunitarios para compartir o incluso para colgar la ropa, encontrándose unos pocos juegos infantiles que rápidamente se dañaron por falta de uso y mantenimiento. La otra ciudadela importante, Cristo del Consuelo, se realizó con algo más de planificación y tiempo, pudiéndose conseguir un terreno rodeado de montes verdes y más cercano a Bahía. A los 14 meses del *16A*, cuando se habían terminado la mitad de sus casas, se comenzaron a mudar familias allí, previo pago de U\$S1000. Esta inversión permite que sean un poco más grandes que las de Acuarela II, contando con un diseño levemente mejor. Además, se hizo una cancha de fútbol con piso de cemento, sin gradas ni techo. Dentro del complejo no se han incluido áreas verdes.

En ambas ciudadelas conviven personas de diversos barrios de Bahía de Caráquez que ahora deben vivir fuera de ella. Poco a poco están conociéndose entre ellas y organizándose, pero ya han elegido presidente/a en cada bloque. Como los negocios más cercanos están a unas cuadras, en cada urbanización han surgido algunas tiendas en las mismas casas, además que en varias otras venden productos sueltos como golosinas, helados y agua. Acuarela II se compone principalmente de familias que estuvieron albergadas en Fuerza Sucre, mientras que la mayoría de las personas que viven ahora en Cristo del Consuelo estuvieron en alguno de los *albergues populares*. En esta última ciudadela destacaba la presencia de una gran cantidad de niños y niñas. La mayoría de las personas con las que conversé manifestaron estar tranquilos/as de poder contar ya con una casa, de haber cerrado la etapa del desamparo, aunque extrañan su antiguo barrio y todavía no se acostumbraban a la distancia. En algunos casos han reubicado a sus niñas y niños a escuelas y colegios más cercanos.

A estas alturas, los *albergues populares* persistían, aunque disminuidos notablemente en integrantes. La unión social comenzó a desgastarse y las tensiones aumentaron. La limpieza, el sustento económico, los accesos sanitarios, la falta de privacidad, las niñas y niños. Muchos son los factores que han provocado el declive de la participación comunitaria. Ya cerrado el *albergue oficial*, el gobierno comenzó a ofrecer casas para las personas de los *albergues populares*, reforzando su estrategia de que abandonen esos espacios autogestionados. Aquellas personas que vivían en algunas de las lomas debían entregar su título de propiedad para poder ser beneficiarios. Esta decisión se tomó sin sostén técnico, ya que aún no se realizaban los estudios pertinentes. Es cuestionable que con todo el dinero que el municipio recibió por las donaciones, así como por los seguros cobrados por los edificios públicos caídos, no haya habido fondos para llevar adelante las investigaciones.

Como Presidenta de San Roque, a Yessenia le han ofrecido ya varias casas para que se mude, pero se las ha entregado a familias con personas mayores, discapacitadas o infantes. Sigue viviendo en el *albergue popular*. Sostiene que no se irá hasta que todos reciban casas, y está haciendo lo posible para conseguir le entreguen los materiales para construir una casa en la parte plana de San Roque, donde el municipio permite edificar. Las familias se van yendo poco a poco del *albergue popular* San Roque al desistir ante la fatiga, algunas pocas se animan a reparar sus casas o construir sin autorización en su propio terreno. Otras tuvieron la posibilidad y aceptaron alguna de las casas que ofrecía el gobierno. Seguramente establecerán nuevas rutinas y relaciones, pero la vida que conocían en su barrio en Bahía ya no existe.

No sólo sus vidas, sino que la ciudad entera se verá reconfigurada, dando pasos a nuevas dinámicas. Miles de personas han tenido de dejar el lugar donde han vivido toda su vida para mudarse a las nuevas ciudadelas, transformando también sus identidades. La etapa de los *albergues populares* ha llegado a su fin y el futuro es incierto. Sin embargo, su recuerdo no se irá por bastante tiempo. Las calles y plazas que ocuparon llevarán marcas en sus superficies. Esos espacios no volverán a ser los mismos. Tampoco las personas que lograron resistir en ellos serán las mismas, demostrando(se) de lo que son capaces cuando se organizan. Como me dijo Yessenia, “perdimos nuestras casas, pero no perdimos nuestras familias”. A lo que me gustaría añadir, que han ganado la sensación de unión, compañerismo y comunidad que desearían acompañarse la reconstrucción de Bahía de Caráquez.

3. Documentando el desastre

3.1. Antes del I6A

Cómo mencioné anteriormente, mi relación con Bahía comenzó en 2013, a partir de mi participación como artista-pedagogo en talleres abiertos de cine para adolescentes y jóvenes locales, organizado por el colectivo transdisciplinario y transnacional (del que ahora formo parte) La Poderosa Media Project¹². Realizadas anualmente, con una duración de 5 a 6 semanas cada una, estas experiencias me permitieron conocer y explorar la ciudad a profundidad, así como cosechar amistades y desarrollar una red de contactos. El trabajo de La Poderosa en esta ciudad, sin embargo, se remonta a 2009, habiendo participado más de 100 estudiantes en sus talleres, llevados adelante en el museo de la ciudad y realizándose a partir de ellos más de 15 cortos locales de autoría colectiva. Esto ha generado que la organización tenga una extendida y gran reputación en Bahía, vinculándose a valores como el empoderamiento de la juventud local, la expresión creativa y el pensamiento crítico.

Antes del I6A mi proyecto de investigación se enfocaría en estudiar los procesos de aprendizaje y creación en uno de estos talleres, así como las películas resultantes del mismo, apuntando a entender cómo los y las jóvenes participantes reflejan sus identidades en el trabajo audiovisual. Además de las experiencias previas en la ciudad, había llevado adelante una serie de entrevistas con personas de diversas edades para comprender los escenarios a los que los y las jóvenes locales se habían enfrentado en diferentes épocas. Sin embargo, el I6A eliminó toda posibilidad de realizar el taller que sería la base del estudio, obligándome a adaptarme al nuevo contexto y generar un nuevo enfoque.

Luego del terremoto, en La Poderosa iniciamos rápidamente una pequeña campaña de donaciones enfocada en nuestros auspiciantes en Estados Unidos y Ecuador. A pesar de no haber juntado una gran suma, sirvió para poder comprar y organizar algunas donaciones. Esta última labor fue desarrollada principalmente por mí, debido a mis visitas frecuentes e interés por actualizar mi trabajo de tesis. Aparte de esta campaña, y debido a procesos internos de la organización, no se trazó ninguna línea de acción para luego de la emergencia urgente. Por lo que el trabajo de campo que detallaré a continuación fue motivado y guiado por mis propios intereses, así como los de Mauro y Esteban, y no los de La Poderosa. No obstante, algunos de mis viajes y estadías en

¹² Más información: www.lapoderosa.org

Bahía fueron financiados con fondos del colectivo, en un apoyo al proyecto que estaba llevando adelante. Adicionalmente, ser parte de La Poderosa me permitió tener más credibilidad en las relaciones inter-personales que se gestaban a partir de la investigación, facilitándome también gestiones y accesos.

3.2. Primeros acercamientos al 16A

En los primeros días del desastre logré ubicar a gran cantidad de amigos/as y estudiantes a través de redes sociales, pudiendo constatar que en general se encontraban bien físicamente. Sin embargo, Esteban había perdido su casa, varios/as tenían parientes afectados/as, y/o habían perdido su fuente de trabajo. A la semana del sismo pude viajar y visitar a varios/as estudiantes y entregarles algo de comida y material higiénico. Aún no se contaba con luz eléctrica y seguían los robos, por lo que la mayoría de ellas/os no lograba dormir bien, y había quienes pernoctaban con un machete, bate o arma de fuego a la mano. Desde la primera noche, Esteban se resguardó con el resto de su familia y otras dos familias vecinas en una carpa colectiva en la calle, frente a los restos de sus viviendas. Así relataba la primera noche:

Subimos [a su casa] esa misma madrugada a ver chompas y sábanas, y cuando subimos con mis hermanos estaba súper, súper, súper destruido todo. Todo estaba caído: computadora, televisor, refrigerador, cocina, platos, todo estaba caído. El baño se cayó todo abajo. Había paredes caídas. Y fue un golpe feo verla así, porque *de ley* nos tocaba pasar fuera de la casa un buen tiempo. Y así pasó, estuvimos muchos meses durmiendo en carpas.

Para constatar la situación general de la ciudad y sus habitantes, junto con unos/as pocos/as estudiantes hicimos recorridos colectivamente, realizando entrevistas en algunos campamentos improvisados. Los motivos para cobijarse en las calles eran variados, se encontraban personas que habían perdido todo o sus casas estaban con peligro de derrumbe, así como aquellas que no deseaban pasar las noches entre paredes. Como mencionaba en los apartados anteriores, estas personas no contaban con asistencia alguna por parte de las autoridades. Marco, estudiante de La Poderosa, explicaba que el problema no era la falta de recursos, sino que “existe mucha desorganización en la parte de la distribución. Hay mucha donación, pero la donación que se recibe no es llevada a los sectores que lo necesitan, ya que no hay una buena organización que esté encargada de realizarlo”.



Figura 3.3.2.1. y figura 3.3.2.2. Estudiantes de La Poderosa recolectando información
 Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

Regresé tres semanas después, encontrándome con un escenario aún más impactante del que había encontrado anteriormente. Muchos lotes habían sido completamente limpiados de escombros y habían comenzado las demoliciones de los grandes edificios, la ciudad se encontraba cubierta de polvo y maquinaria pesada. Este escenario causó un gran impacto en Mauro:

La ciudad seguía toda destruida, helicópteros por los cielos, militares por las calles, como una zona de guerra, de desastre. Toda triste, sin gente en las calles. Algo que el día antes del terremoto no había sido así porque había sido día sábado, todo el mundo andaba en la calle escuchando música, estaba la gente en la playa.

Junto a él y otros/as integrantes de La Poderosa visitamos los diferentes *albergues populares* de Bahía, los cuales ya se estaban consolidándose. Sus organizaciones funcionaban para cubrir las necesidades básicas de aquellas personas que no podían o querían regresar a sus viviendas, tanto de salud y alimentación, como de contención. Aunque eran varios los factores que complicaban la permanencia, para Esteban el hacinamiento era el peor de ellos: “Esta falta de espacio me hacía sentir incómodo, porque ya estaba acostumbrado a una cosa, y de la nada me tocó acostumbrarme a otra cosa: estar con mucha más gente, no poder ser yo mismo”.

3.3. Ojo al celular

Luego de algunas visitas más, de conocer mejor las nuevas dinámicas y necesidades, habiendo pasado tres meses del *16A*, decidí llevar adelante un taller de video con celulares para niños y niñas de hasta 15 años de los *albergues populares* San Roque y Montúfar, permitiéndome conocer la situación de primera mano, así como sus interpretaciones e intereses. Durante siete

días, quince participantes formaron parte de esta experiencia que se denominó “Ojo al celular”, y entre sus principales objetivos estaba generar un espacio donde los y las más pequeñas pudiesen compartir su experiencia y reflexiones acerca de su situación; así como generar un pequeño documental de su autoría colectiva, donde se presentase el estado de la ciudad y sus *albergues*, además de que expresasen su propio punto de vista sobre el desastre. Es importante resaltar que estos dos *albergues populares* son los únicos que poseen áreas de esparcimiento dentro de sus límites, donde los/as adultos/as han resaltado la necesidad de zonas lúdicas para los y las pequeñas.

A lo largo del desarrollo del taller pude notar que niños y niñas pasaban gran parte de los días juntos, sin presencia notoria de mayores. En general, se los notaba muy felices y jugaban bastante. Anteriormente, salir a jugar con otros amigos o amigas era un privilegio, siendo que lo normal era quedarse dentro de las paredes del hogar haciendo tareas, viendo tele o estando en la computadora. Ahora, no necesitan salir del *albergue* ya que cuentan con amistades y espacios suficientes, juegan todas/os juntas/os. El hecho de que puedan entretenerse dentro del espacio comunitario permite que se los pueda cuidar colectivamente con mayor facilidad. Durante la mañana y la tarde, sus actividades principales son jugar y compartir, siendo que el esparcimiento preferido es la escondida.



Figura 3.3.3.1.
Participantes del taller “Ojo al Celular”
Fuente: Sixtina Ureta, fotografía digital, 2016



Figura 3.3.3.2.
Participantes del taller “Ojo al Celular”
Fuente: Sixtina Ureta, fotografía digital, 2016



Figura 3.3.3.3.
Participantes del taller “Ojo al Celular”
Fuente: Sixtina Ureta, fotografía digital, 2016



Figura 3.3.3.4.
Participantes del taller “Ojo al Celular”
Fuente: Sixtina Ureta, fotografía digital, 2016

Cuando le pregunté a Luis Mario, de 8 años, si prefería como estaba antes del terremoto a estar en el *albergue popular* Montufar, me respondió que “ahora digo yo: puedo hacer actividades, puedo pintar”. Cada uno o dos fines de semana, diferentes instituciones hacen actividades lúdicas de algunas horas de duración en los albergues para estos mismos niños y niñas. Al trabajar con ellos, sentí que tenían ya bastante familiaridad con experiencias de facilitación y dinámicas grupales. No obstante, noté que en las actividades anteriores se habían dedicado principalmente a entretenerse como una forma de evadir el contexto de desastre. A medida que desarrollaba el taller en solitario, me di cuenta que era la primera vez que tenían un espacio donde podían no solamente jugar, sino expresar sus sentimientos e ideas al respecto de la situación que estaban viviendo. Sentí que precisamente por ser niños y niñas, nadie les había pedido sus opiniones, creyéndoselos inocentes e incapaces de entender el contexto.

Esto me permitió generar un proceso más profundo y vínculos afectivos sinceros con ellos y ellas. A través de diferentes ejercicios pudieron expresar que lo que menos les gusta es cuando no les dejan salir a jugar, o cómo la alcaldía ha abandonado a los/as más necesitados/as.

Demonstraron ser muy conscientes de que, a pesar de haber perdido muchas oportunidades, han ganado muchas más. Comentaron que aunque se han quedado sin casas no se sienten pobres, y que la familia debe ser la prioridad ante todo. Thábata, de 12, destacó que “lo más importante es estar en familia bien uniditos”. Éste factor, así como más y mejores oportunidades laborales son los requisitos que ellos y ellas creen hacen falta para levantar a la ciudad. Principalmente, de la experiencia en los *albergues* rescataban el poder compartir y estar entre amistades casi todo el tiempo, además de sentirse acompañados/as en una situación y espacio común.

3.4. Creando cine participativamente

En ese mismo mes de julio, a los tres meses del *I6A*, realicé un encuentro junto a diez estudiantes de La Poderosa en Bahía. Debido a la escasez de espacios para reunirnos, debimos hacerlo en el patio de comidas del centro comercial que se encuentra en la entrada de la ciudad, sin ser el lugar más propicio. Intercambiamos experiencias de estos tres meses y quienes se atrevieron contaron algunos de sus problemas. Estimulado por la conversación y la energía que se sentía en el grupo, les propuse comenzar a documentar el *I6A* en Bahía de Caráquez, de forma colectiva y desde el punto de vista de jóvenes locales. El tema, así como la forma de trabajo, sería decidido colectivamente. Si bien en esa reunión no surgieron posibles temas, todas/os se entusiasmaron con la idea, expresando que sentían que era necesario hacerlo y que se debía aprovechar la oportunidad. No obstante, algunas personas advirtieron que no contarían con suficiente tiempo, ya que varios/as estudiaban fuera de Bahía, y otros/as debían ayudar en las tareas del hogar, aunque apoyarían en la medida de sus capacidades.

El rodaje ha consistido en grabar la reconstrucción de la ciudad, los *albergues* que aún están residiendo cerca de las casas de las personas, a nosotros como seres humanos compartiendo con las personas. El día a día, levantarnos en la mañana, salir a hacer preguntas, salir a ver las casas, salir a caminar por ahí a preguntarnos cómo sería si las cosas cambiaran, a meditar, a hablar sobre nuestras vidas. Todo un círculo de emociones y de buenas cosas. (Mauro Aldás, co-realizador del documental)

Al siguiente mes, en septiembre, comenzamos a grabar junto a Esteban y Mauro, aunque eventualmente participaban Jhon, Lissbeth o Marco. La primer pauta que nos planteamos sería la de grabar aquellas situaciones y personas que no estaban siendo mostradas, por lo que decidimos iniciar entrevistando a Yessenia. Decidimos probar primero en formato tradicional, en unas de las lomas de San Roque, con ella sentada y la cámara fija, para luego seguirla hacia su casa derrumbada en otro cerro del barrio. Su relato nos causó gran impacto, permitiéndonos comprender otros niveles de afectación y respuesta por parte de las personas.

Esta primera experiencia nos resultó muy relevadora en varios sentidos. Por un lado, nos sentimos seguros estando con Yessenia, ya que detectamos situaciones peligrosas a las que nos hubiésemos visto expuestos si hubiésemos grabado en el barrio por nuestra cuenta. Esto nos dio la pauta de que debe existir una ética del cuidado cuando se está grabando, debíamos protegernos entre nosotros, pero también nuestros interlocutores podían velar por nuestra seguridad. Por otra parte, la diferencia en la forma de registrar también nos reveló indicios de cómo continuar trabajando el resto del rodaje. Mientras la entrevista estática permite tener una conversación más fluida y profundizar en reflexiones, el seguimiento permitió que surgiesen anécdotas y sensaciones. Estéticamente nos sentimos más cómodos con la segunda opción.



Figura 3.3.4.1. Rodaje en Bahía
Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

Poco después, con Mauro logramos visitar y grabar brevemente el *albergue oficial Fuerza Sucre*, al filtrarnos en la visita de una asambleísta nacional. Aunque ingresamos de noche, pudimos constatar el complejo nivel de organización que se desplegaba en el campamento, lo que nos intimidó en buena medida. Esto nos limitó a una cámara discreta, ya que sólo se podía grabar de forma más libre en donde se estaban desarrollando las actividades. Planificada para la noche, esta visita oficial tenía como objetivo realizar diferentes propuestas para la entretención de las personas albergadas. Luego de regalarles golosinas y jugos a los niños y niñas, se proyectó una

película animada de súper héroes en un área lúdica llena de juguetes y entretenimientos infantiles; bajo una carpa que parecía ser un comedor comunitario se pasaba un partido de fútbol; mientras que bajo otro gran toldo similar se llevaba a cabo una clase demostrativa de maquillaje social. El *albergue oficial* nos dio la impresión de ser un lugar frío y calculado, en donde las lógicas estaban puestas en cubrir las necesidades del individuo, sin propiciar la organización comunitaria. Esto último quedaba en evidencia en las actividades descritas, en donde cada una tenía sus públicos muy determinados y separados. Esto se tradujo finalmente en un registro compuesto por planos distantes, quietos y descriptivos.

Ver a las personas a través de las cámaras ya es diferente, porque tu notas una mirada muy, muy, muy diferente a la que salía siendo diariamente. No se... Como el caminar de una persona, el abrazo de una madre hacia un hijo, que cuando yo lo veía así normal (se encoge de hombros). Ya verlo a través de una cámara como que da otro sentimiento. (Mauro Aldás)

A lo largo de los siguientes dos meses, ya sólo quedaron Mauro y Esteban. Me costó mucho lograr que mujeres estudiantes de La Poderosa se integraran al proyecto, intuyendo que esto se debía a distanciamiento entre géneros. El proceso colectivo fue dándose de manera orgánica, basándose principalmente en el diálogo y la reflexión. Aunque el rodaje avanzaba con mis visitas a Bahía, la comunicación a través de mensajería digital era constante. Así, decidíamos conjuntamente los lugares, eventos y personas a registrar. Demolición de edificios y otros en construcción, personas refugiándose en la calle, negocios cerrados, vistas panorámicas, calles cortadas, el malecón desolado, lotes vacíos. Me fueron guiando ante mis dudas e inquietudes, así como por las calles de Bahía, a la vez que se sorprendieron con lugares que no visitaban hace años. Las grabaciones nos permitían explorar el desastre, intentando comprender sus diversas aristas y cómo documentarlas. Eran varios los temas que nos interesaban. Por una parte sentíamos que los problemas que se vivían en la ciudad ya existían previamente. El terremoto había exacerbado todo, sumándose el pésimo manejo de la emergencia por parte de las autoridades. Por otra parte, la abismal diferencia entre las situaciones de los saturados *albergues populares* y los edificios de veraneo en labores de reparación era un tópico urgente. A medida que pasan las jornadas, a pesar de mi resistencia, cada vez me piden más que opere la cámara, prefiriendo ellos indagar los espacios de la ciudad y dialogar con las personas.

He podido escuchar testimonios de personas. He podido conocer un poco más de la gente, de lo que ellos vivieron. He podido ver el cambio de la ciudad, como tumban edificios. Ha sido algo muy interesante, y a la vez genial, bonito. (Esteban Arroyo, co-realizador del documental)



Figura 3.3.4.2. Rodaje en mercado

Fuente: Nicolás Schwarzberg, fotografía digital, 2016



Figura 3.3.4.3. Rodaje en Bahía

Las diferentes instancias y experiencias que vivíamos a lo largo del rodaje comenzaron enriquecer el debate y las reflexiones entre los tres. El panorama que se veía en Bahía nos hacía preguntar ¿cómo se registra un desastre? ¿Cómo narrar el caos? Estas preguntas fueron derivando en diferentes ejes reflexivos, cada uno con resultados artísticos y narrativos consecuentes. Quisiera entonces detallarlos a continuación, con el propósito de reflejar los líneas de trabajo en esta investigación y en las potencias del uso de la cámara.

Lo que más me impulsó y motivó fue ver que estaba el problema tan latente aquí que las personas no hacíamos nada, y que todo estaba en un caos, todo destruido. Que ponernos en marcha, sacar cámaras y ponernos a grabar lo que estábamos viendo, así tal vez las personas que lo vean [...] se animen y vean lo que está pasando en Bahía. Como que la están reconstruyendo toda bonita, y en realidad no es así, porque solamente está pasando eso por donde pasa el Presidente, o por donde pasan las autoridades, pero el resto de la ciudad está que se cae a pedazos. (Mauro Aldás)

Comenzamos por discutir los géneros de documental y ficción, cuestionando la idea de que el documental registra fielmente la cotidianidad de las personas. Si bien la ficción propone situaciones y escenarios que no se dan por sí solos (y por ende deben ser contruados), sus inicios creativos se basan en la propia experiencia de sus realizadores/as. Por otra parte, el documental también parte de experiencias reales, y registra situaciones extraordinarias, ya que casi nadie en

su día a día se coloca frente a una cámara y comienza a relatar sus experiencias y sensaciones. Estas reflexiones acerca de estos dos grandes géneros motivaron a que Mauro y Esteban comenzaran a replantear las puestas en escena del rodaje, surgiendo la idea de forzarlas para obtener un material narrativamente más profundo. Es así que colectivamente se gestaron varias propuestas como la de invitar a niños y niñas, así como a adultos mayores, a visitar el espacio donde antes había una escuela y consultarles qué les gustaría que se construyese en su lugar. Al visitar el espacio, los ancianos y ancianas no se prestaron a participar, pero los niños y niñas se sintieron más que gustosas de mostrarnos el lugar y relatarnos sus experiencias y deseos. Algunos/as de ellos y ellas habían participado en mi taller, además de que los y las más pequeñas se veían más prestos a hablar sobre el 16A. Cuando habían pasado nueve meses desde el terremoto, los/as adultos/as ya prefieren no entrar en ese tema. Comentan con convicción acerca de los problemas urgentes y actuales, pero no desean recordar lo pasado en los últimos meses, menos aún el momento del sismo.

A lo largo de diferentes entrevistas notamos que muchas personas comentaban que, al no contar con las mismas referencias arquitectónicas que antes, se perdían dentro de la ciudad. Entre demoliciones y reparaciones, el paisaje variaba día a día. Es así que comenzamos a preocuparnos en cómo afrontar la pérdida material de la memoria, segundo eje de trabajo. A medida que Mauro y Esteban ganaban control sobre la puesta en escena y el desarrollo de situaciones que enriquecieran al documental, propusieron aprovechar los recursos narrativos y “recuperar” los espacios perdidos. Colectivamente hicimos una lista de lugares emblemáticos de la ciudad, realizamos carteles con el nombre de cada uno de ellos para grabarnos a nosotros mismos en esos sitios, de forma que alguno de nosotros sostenía el cartel correspondiente a lo que ahora era un espacio vacío. En su conjunto, brindan otra forma de ver e interpretar los cambios que estaba viviendo la ciudad. Esos espacios, a pesar de parecer vacíos, aún cuentan con historia, recuerdos y cariños.

Tras haber grabado ya gran parte de la ciudad, decidimos orientarnos hacia lo que estábamos descubriendo a través del rodaje y que sería el tercer eje de exploración, esto era el creciente contraste que se desarrollaba en la ciudad: mercado popular/centro comercial, *albergues populares*/edificios de veraneo, lomas destruidas/plazas mantenidas. Ahora son Esteban y Mauro los que deciden todo lo que debe grabarse, han comprendido ya las labores de dirección, y me

limite a actuar como operador técnico. Realizamos planos y entrevistas en todos los lugares mencionados, buscando confrontarlos tanto desde el tratamiento estético como en su contenido. Por ejemplo, el mercado fue grabado de forma improvisada e instintiva, la presencia de la cámara incitaba a las personas a opinar y tomar posición, deviniendo en una participación activa. Fue registrada con cámara en mano e interactiva. Por otro lado, el rodaje en el centro comercial fue planificado y consultado con anterioridad. La única entrevista fue realizada en trípode a un joven frente al centro de estética en que trabajaba. Como no estaba permitido grabar otros locales del lugar, decidimos volver luego y obtener más planos de forma discreta, con las cámaras de nuestros celulares.



Figura 3.3.4.4. Rodaje en Bahía

Fuente: Nicolás Schvarzberg, fotografía digital, 2016

Por último, habiendo pasado ya seis meses de rodaje, y nueve del *16A*, Esteban y Mauro, ya confiados de sus roles de autores, comienzan a cuestionarse su posición en la película. A partir de diálogos auto-reflexivos decidimos que la misma realización de la película debía problematizarse dentro del documental, incorporando nuestra pregunta inicial: ¿Cómo documental un desastre? Sentimos entonces, que lo más sensato sería realizarnos entrevistas a nosotros mismos, en las que cada uno tuvo oportunidad de explicar su experiencia en el *16A* y cómo el proceso de rodaje nos había afectado. Coincidimos en que la experiencia de documentar el desastre nos había llevado a lugares y personas con las que nunca hubiésemos tratado, ya que sentíamos que el principal

objetivo de las grabaciones era responder las preguntas de la película, y no solamente saciar inquietudes personales.

Principalmente para mí me sirvió para conocer la vida de las personas que están viviendo en precarias condiciones y como hay personas todavía en las calles sufriendo por el calor, por las lluvias, por la insalubridad. Como hay ciertas personas, o ciertos grupos, que están en sus departamentos con aires acondicionados, mientras sus vecinos y amigos están así mismo, y viviendo en condiciones muy diferentes. (Mauro Aldás)

Hacia el final del rodaje visitamos las dos grandes ciudadelas que se estaban construyendo para beneficiar a familias afectadas por el 16A, Acuarela II y Cristo del Consuelo. Los tres nos sorprendimos del hacinamiento planificado y la escasez de espacios públicos. Particularmente en la primera de esas urbanizaciones, los departamentos eran extremadamente pequeños. Esto provocó que allí no sintiésemos impulso a entrevistar, obteniendo un registro distante. En Cristo del Consuelo en cambio pudimos notar más movimiento. Allí, las personas entrevistadas se encontraban ya aliviados de haber recibido una casa y de poder comenzar a desarrollar estabilidad. En cierta forma esto nos brindó satisfacción a nosotros también, pero igualmente sentíamos una desazón general por haber tenido que dejar sus barrios y trasladarse lejos del mar.

Pasado el año del 16A se hizo necesario emprender la etapa de montaje. A pesar de que habíamos planeado comenzar los tres juntos en Quito, Esteban no pudo venir, ya que debió quedarse trabajando en la construcción de su casa. Insistió en que respetemos las fechas acordadas y que se sumaría en una próxima visita. Con Mauro logramos visionar todo el material que tenemos, así como ver otras referencias, y comenzar a entender de qué habla el material. Se conceptualizan las escenas en fichas, para luego comenzar a ordenarlas y generar una estructura narrativa. Luego es llevada a línea de tiempo y guion.

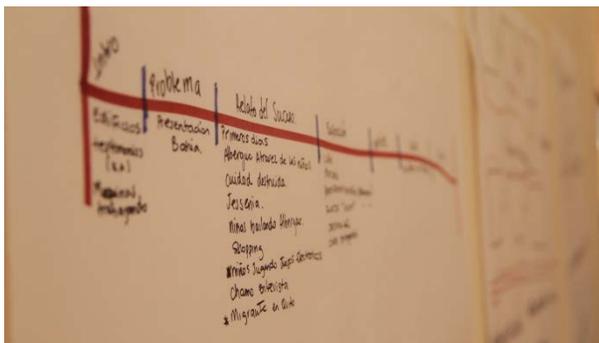


Figura 3.3.4.5. Realización del guion



3.3.4.6. Realización del guion

Debido a las dificultades para encontrarnos a realizar el montaje propiamente en conjunto, y con la necesidad de versión suficiente para presentar junto a la presente tesis, la edición del primer armado del documental fue realizado íntegramente por mí, pero respetando siempre el guion desarrollado colectivamente. Esta primera versión ha permitido poner en relación los ejes reflexivos descritos anteriormente, permitiendo que la etapa del rodaje siga siendo material de debate y creación, proponiéndose cambios que sirvan para la construcción de discurso.

Adicionalmente, hemos podido socializar la película, beneficiándonos de otras perspectivas y opiniones, las cuales nos encamina a la versión final del documental. El siguiente paso será entonces, la presentación de la película para las personas de Bahía, principalmente del barrio San Roque.

4. “Zona de desastre”

Finalmente, la película fue nombrada “Zona de desastre”, y su primera versión intenta constantemente construir antagonismos entre diferentes sectores de la ciudad. Al confrontar escenas de situaciones opuestas, se pretende generar tensión a partir de la narrativa. Los principales puntos de choque son el comercio de alimentos, entre el mercado popular y el centro comercial; la vivienda privada, entre las lomas repletas de casas caídas y los enormes edificios en reparación; así como la calidad de los espacios públicos, entre el parque de *San Roque* y la zona turística. Esta denuncia tiene como objetivo, en parte, alertar a los bahieños y bahieñas acerca qué tipo de reconstrucción se está llevando adelante, ya que pareciera naturalizarse con gran facilidad. Por ejemplo, es normal en la cotidianeidad que las personas de Bahía vayan tanto al mercado como al centro comercial, sin embargo lo que se esconde detrás de la diferencia de sus situaciones es algo que pasa desapercibido para la mayoría de ellas. A partir de ésta, y las otras polarizaciones, se recorre prácticamente toda la ciudad, sin necesidad de salir de ella. En cierta medida, esta es una manera de resaltar que el problema se encuentra dentro de los límites de Bahía de Caráquez, y su desarrollo depende en gran medida de sus habitantes. Según Esteban, la película muestra...

... cómo es el Bahía de verdad, de lo que está pasando después de. Que no es como todos se lo piensan o imaginan, que la ciudad no sufrió muchos daños, y que la realidad es esta, que sí sufrió bastantes daños y me atrevo a decir que es una de las ciudades que más daños tuvo.

Por otra parte, el film también se propone problematizar la labor documental en un contexto de catástrofe. Se evidencian los miedos e inseguridades que generan la falta de experiencia y recursos. Sin embargo, se asumen los riesgos en pos de aprovechar una oportunidad única, incluso sin tener claro qué se puede llegar a lograr al hacerlo. A lo largo del guion se detallan tanto dudas como aciertos, pretendiendo que nuestro propio proceso creativo e investigativo pueda servir de referencia para otros emprendimientos similares. Nuestra experiencia nos llevó incluso a cuestionar la división entre documental y ficción.

El cine desde pequeño a mí me había gustado, siempre me había quedado impactado con películas. El documental ahora, [...] es más realidad, es más crudo, que es de verdad lo que está pasando, no tanta ficción, no tanta armonía como en las películas que vemos. El documental sí te muestra un poco el lado triste, la vida cruda, lo que verdaderamente se vive. Y es lo que ahora más me está moviendo, lo que más me está gustando. (Mauro)

El relato de Mauro deja entrever la postura adoptada colectivamente, y es que el documental no se define tanto por la forma en que se obtienen y registran las imágenes, sino por el contenido de éstas y el relato que construyen en su conjunto. El documental permite registrar y presentar aquellas aristas de lo real que no son abordadas por otros géneros audiovisuales, refutando las formas en que se representa la problemática. “El fin de lo que [estábamos] grabando entre nosotros creo que es proyectar algo distinto a lo que las personas creían” (Esteban Arroyo). A pesar de presentarse secuencias completamente guionadas, como la de los carteles, esta película encuentra un gran aliado en el género documental a la hora de representar el desastre.

Conclusiones

1. “Lo que realmente se vive”

Para lograr acercarse e investigar acerca de cómo se organiza y acciona colectivamente un *albergue popular* la utilización de soportes audiovisuales fue una gran ayuda, demostrando que “[l]a cámara es un instrumento de descubrimiento” (Ardèvol 1998, 8). No sólo nos permitió registrar una gran cantidad de información a medida que recorriamos, sino que la presencia de la cámara facilitó la apertura por parte de muchas personas, la grabación en sí mismo nos permitió acceder a situaciones que de otra forma no se hubiesen dado. Pocas personas se negaron a prestar testimonio, la gran mayoría estaba interesada en que se registrasen y mostrasen las precarias formas de vida que debían llevar adelante. Pudimos conversar con una gran cantidad de personas, las cuales nos brindaron un amplio panorama del *I6A*. Para Esteban la experiencia le sirvió para “arriesgarme a hablar con otras personas, a poder expresar lo que yo sentí y poder escuchar lo que ellos sintieron”.

Haber investigado en conjunto a jóvenes locales fue otro factor determinante para poder acceder a otros contextos que se me podrían haber negado por foráneo, además de sentir que muchas veces el trato de varias personas hacia para conmigo mejoraba cuando notaban que estaba con Mauro y Esteban. En el sentido inverso, ellos no hubiesen visitado los *albergues populares* si no fuese por mis intereses en conocer todos los aspectos del desastre, provocando preocupación sobre aquellas personas y motivándolos a tomar iniciativa. De esta forma, el trabajo colectivo que desarrollamos logro una gran complementariedad que nos permitió explorar la catástrofe en múltiples sentidos y perspectivas. Para Mauro “[c]onvivir con mis compañeros a través de este proyecto ha sido una revelación, porque son buenos *panas* que me han hecho reír, me han hecho frustrar, me han hecho callar, ver cosas diferentes, aprender”.

No hay que esperar del cine –aunque sea documental— que diga la verdad sobre lo ‘real’. Sino que diga algo de las trampas que nos tiende nuestra relación con lo real. El cine dice la verdad sobre lo falso. Lo uno no va sin lo otro. En el cine, la mentira puede decir la verdad y el cine puede decir la verdad de la mentira. (Comolli 2007 [1994], 182)

Por su carácter narrativo, el cine permite conceptualizar lugares, personas y situaciones en forma de escenas, pudiendo compararlas, contrastándolas o generando analogías. Este ejercicio brinda otra forma de analizar los actores, eventos y contextos que se exploran, accediéndose a

reflexiones que parten del cine, reflexiones cinematográficas. Debido a su gran carga de “valor testimonial”, el género documental se presenta como una potente herramienta para confrontar las representaciones hegemónicas que buscan esconder la creciente precarización. Sin embargo, el cine no deja de ser un lenguaje que denuncia. Por eso, llevar adelante el trabajo etnográfico a partir de la cámara tiene la ventaja de poder registrar y representar lo crudo, lo grotesco y lo triste como partes esenciales de muchas vidas precarias, así como la valentía, convicción y tenacidad de aquellas personas que se organizan para salir adelante colectivamente.

2. “Para nosotros es otra vida”

Producto del *I6A*, miles de personas perdieron sus casas y trabajos. Esa noche, los vecinos y vecinas del barrio *San Roque* de la ciudad de Bahía de Caráquez bajaron corriendo las lomas para encontrarse en la plaza, su plaza. La tierra aún se sacudía y ya se estaban organizando para ayudarse unas personas a otras. Con el pasar de los días fueron surgiendo más y más carpas, llegando a congregarse casi 200 familias. Este fue el mayor de cuatro *albergues populares* que resistieron durante año y medio a lo largo del *I6A* en esta ciudad.

Ante la emergencia, se desplegaron planes y estrategias desarrollados en escritorios con el propósito de “hacerle frente al desastre”. Para atender a las personas que habían perdido su vivienda se creó un *albergue oficial*, un espacio idílico destinado a brindar resguardo. Estas soluciones son regidas por convenios y estándares internacionales, donde los derechos de las personas son restaurados y respetados, pero sólo dentro de un determinado lapso de tiempo en un lugar específico bajo un protocolo particular. Un marco espacio-temporal que media y condiciona la asistencia. En Bahía, este *albergue* quedaba alejado, y mucha gente se encontraba ya acampando en su barrio, sin intención de abandonar su territorio. Adicionalmente, las luchas y conflictos al interior de las instituciones encargadas de la asistencia provocaron que nadie se hiciese cargo de estas personas afectadas, y por ende que las tareas de socorro fuesen insuficientes e ineficientes.

Las personas que no encajaban en este marco espacio-temporal, ya sea por desconfianza o rechazo al traslado, tuvieron que desarrollar sus propias soluciones, totalmente por fuera del amparo de la ley, como pasó en el barrio San Roque. Al encontrarse en un sitio en común, todos/as en situaciones de vulnerabilidad, se abrió la posibilidad al reconocimiento entre iguales,

entre vecinos y vecinas que debían compartir el tiempo y el espacio. Esto permitió que se gestó y desarrolle un colectivo organizado que responde y atiende las necesidades urgentes de sus propios/as integrantes, un *albergue popular*. Respondiendo al abandono, trabajando en base a la autogestión, movilizaron sus conocimientos y recursos para enfrentar la catástrofe. Por ejemplo, las ferias que se organizaron en San Roque pusieron en valor el talento local, tanto culinario como artístico, las mingas para limpiar y ordenar los espacios comunes fomentaron el intercambio, se preocuparon por realizar actividades para niños y niñas, así como para las personas mayores. En su conjunto, las personas del *albergue* San Roque demostraron que en el desastre “el dilema moral no deja de existir; de hecho, persiste justamente en la tensión que se da entre querer vivir y querer tener una forma concreta de vida con los demás” (Butler 2017d, 204).

Al respecto de esta nueva forma social, que parte de la urgencia y el compartir, podríamos concluir que los vecinos y vecinas del barrio San Roque lograron comenzar a reconstruir su tejido social basándose, principalmente, en éticas de autocuidado y cohabitación. Por ejemplo, cuando los y las más pequeñas pasaban todo el día jugando juntos/as, lo que hacían en gran medida era protegerse unos/as a otros/as. A través del esparcimiento liberaban tensiones, se vigilaban, conversaban, se preocupaban y estaban atentos a los problemas de cada quien. Así mismo, cuando visitamos las lomas de San Roque con Yessenia, ella veló por nuestra seguridad, convencida de la necesidad de que registrásemos la situación del *albergue*. De igual manera, se pueden detectar mecanismos de auto cuidado en las celebraciones y festejos colectivos de fechas importantes, de la misma forma que en las ferias dominicales. Sin dudar, estos ejemplos de respuesta frente al desastre también implican compartir, tanto el tiempo como el espacio. Cohabitar con el propósito parcial de atender necesidades individuales, pero siempre en conjunción y colaboración con las/os demás. Estas dependencias y convivencias fueron fundamentales para que la organización popular pudiese luchar contra la precariedad generalizada de las personas albergadas, demostrando que no se trataba simplemente de sobrevivir, sino de poder pensar y accionar colectivamente. El *albergue popular* San Roque es una afirmación de que “la política de la performatividad de nuestros días insiste en la interdependencia de las criaturas vivas, así como las obligaciones éticas políticas que se derivan de toda norma que priva, o quiere privar, a una población de una vida vivible” (Butler 2017d, 209).

Vivir en una plaza tras un terremoto no es una situación fácil de soportar. Implica, sin dudas, una gran resistencia del cuerpo para soportar un contexto tan hostil. Por eso, a medida que las personas se organizaban y se complejizaba el *albergue popular*, fue cambiando la forma en que se relacionaban con el entorno, transformando y resignificando los espacios que se ocupaban para hacer más vivible la experiencia. Las canchas eran zonas planas y abiertas, ideales para instalar carpas, el escenario de la plaza de San Roque pasó a tener gran protagonismo y ser una zona lúdica para los niños y niñas, se definieron espacios para lavar y secar ropa. Incluso me sorprendió de sobremanera descubrir que una familia había levantado una gran carpa que contenía un tobogán de la plaza en su centro.

Por otro lado, la permanencia en el espacio público no significa que esas personas pretendan vivir de esta forma para siempre, o que vayan a rechazar todas las propuestas del gobierno, sino que el factor clave aquí es qué tipo de ayuda se está necesitando. Si bien las necesidades son consideradas urgentes en “situaciones de emergencia”, muchas de ellas existían previamente. En el caso de Bahía de Caráquez, los problemas de agua potable, fiscalización, comunicación y vialidad, entre otros, eran constantes antes del terremoto, agravándose considerablemente a partir del 16A. En este sentido, los *albergues populares* pueden ser leídos como una denuncia sobre la histórica vulnerabilidad en la que han vivido sus integrantes. Si el Estado pretende solucionar sus problemas y necesidades, no puede sólo concentrarse en la urgencia, sino que debe hacerlo planificando a largo plazo. Los y las habitantes de San Roque desean que se les provea casas en su propio barrio, agua, luz, infraestructura urbana como escalinatas, entre otros reclamos. Se desarrolla como una forma de resistencia pacífica que no busca la confrontación sino que afirma la dependencia de las instituciones, a la vez que exige sus derechos. Yessenia, al pensar en cómo quisiera que fuese San Roque, dice que “aquí hay mucho que hacer, mucho que hacer. En vez de sacar a la gente, yo creo que mejor nos quedemos aquí. Con ayuda de nosotros, pueden hacer algo mucho mejor. Y nos vamos a quedar aquí.”

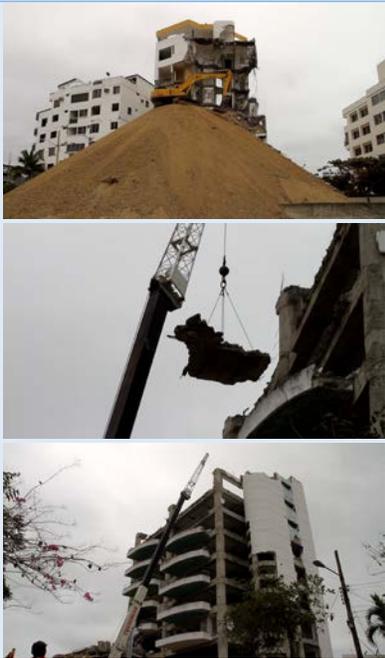
Recapitulando, cuando la tierra tiembla, no sólo se sacuden casas, caminos y negocios, también lo hacen las relaciones sociales que sustentan esas vidas. Ante la falta de asistencia por parte de las autoridades, el *albergue popular* San Roque demostró ser una organización social que movilizó los conocimientos y recursos propios de sus integrantes para poder enfrentar la catástrofe, reconstruyendo el tejido social dañado. Para poder salir adelante, ocuparon y

transformaron el espacio público para sus propias necesidades, contrarrestando la idea de que estos lugares son entregados por las autoridades para su uso regulado, sino que cuando la población ocupa estos sitios ponen en juego la noción de “público”. Pueden ser leídos también como una denuncia sobre el abandono histórico por parte de las autoridades, el cual ha desembocado en una vida precaria. Es también una manifestación de la voluntad popular de contar con espacios y viviendas aptas para llevar una vida en conjunto. Pero por sobre todas las cosas, a través del esfuerzo colectivo basado en principios de autocuidado y cohabitación, estas personas nos demuestran que los factores más importantes para sostener sus vidas están dados por la propia sociabilidad que desarrollan y cultivan, transformando las relaciones entre ellas y dando paso a una red de interdependencia.

Anexo

“Zona de Desastre” - Guion Documental

A) Introducción

Introducción	
Ritmo tranquilo. Imágenes estáticas de edificios y casas destruidas, escombros y detalles.	 Three stacked images showing the aftermath of a disaster. The top image shows a pile of rubble with bricks and debris. The middle image shows a close-up of broken concrete blocks. The bottom image shows a multi-story building with significant structural damage and exposed rebar.
Se combinan 2-3 testimonios acerca del momento del terremoto. Queda en consideración utilizar sólo relatos de niño/as.	
Se siguen mostrando detalles de la ciudad en ruinas. Poco a poco empieza a entrar ruido de máquinas trabajando, para así pasar a ver algunas de ellas trabajando.	 Three stacked images showing reconstruction efforts. The top image shows a yellow excavator working on a large pile of earth next to a damaged building. The middle image shows a crane lifting a large, dark, irregular piece of debris. The bottom image shows a crane working on a multi-story building with curved balconies.

PLACA CON TÍTULO DE LA PELÍCULA

B) Presentación y conflicto

Presentación de la ciudad y de los realizadores	
<p>Ritmo tranquilo. Imágenes bonitas de Bahía de Caráquez. La ciudad, parques, playa, gente compartiendo en las calles, triciclos, el faro, surfistas, negocios.</p>	
<p>Voz en off En primera persona, Esteban y/o Mauro comentan acerca de su ciudad, cómo fue crecer allí y algunos recuerdos: el muro, las playas, las fiestas de San Pedro y San Pablo, cuando inauguraron el puente, el colegio.</p>	
<p>Voz en off Explicación de cómo se conocieron Esteban, Mauro y Nicolás en los talleres de cine</p>	

Terremoto	
<p>Se reconstruye el momento del terremoto a partir de extractos de noticieros.</p>	

C) Exploración

Albergue San Roque

Recorrido con niños de Albergue San Roque. Muestran el lugar y cuentan experiencias



Post-terremoto en Bahía

Procesos de demolición, edificios destruidos, terrenos vacíos, calles desiertas, maquinarias



	
<p>Voz en off Reflexión sobre el estado de la ciudad. Contraste entre albergue y los trabajos en los grandes edificios. Reflexión de cómo se está desarrollando el proceso documental.</p>	

Entrevista a Yessenia	
<p>Entrevista a presidenta del Albergue San Roque</p> <p>Temas</p> <ul style="list-style-type: none"> - Terremoto - Formas en que surgió la organización del barrio - ¿Por qué no se van? Decisión firme de permanecer en San Roque - Deseos de reconstrucción (áreas verdes, buenas escaleras, luminarias) - Trato histórico de las autoridades con el barrio - Historia personal 	
<p>Recorrido</p> <ul style="list-style-type: none"> - Por calles del barrio, hablando con vecinxs - Subida por escaleras destruidas - Visita a su casa derrumbada en la loma 	

En Albergue San Roque
Clase de coreografía para niñas, desde el atardecer hasta la noche.



D) Recorrido de oposiciones

Análisis de estado del proceso	
Imágenes de Bahía: Calles destruidas, poca gente, reconstrucción, vías cerradas, playas, plazas	
Voz en off Al parecer, nos encontramos con una ciudad llena de contrastes. Explicación de la necesidad de seguir documentando, de seguir indagando.	

Albergue Fuerza Sucre	
Albergue oficial gestionado por el gobierno nacional. Se presenta una película a lxs niñxs, previa entrega de golosinas. A las mujeres del albergue se les ofrece una clase de maquillaje, mientras unos pocos hombres observan un partido de fútbol en un gran televisor.	  
Voz en off Reflexión sobre la propuesta interna del albergue oficial, y contraste con albergues barriales.	

Mercado

Comienzo del día, armado del mercado callejero, aumenta el movimiento. Personas, productos, vendedores, perros, cargadores, tricicleros.



Varias entrevistas

- ¿Cómo se formó el mercado en la calle?
- Complicaciones
- Soluciones



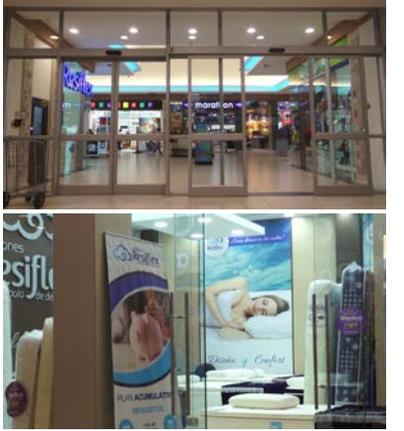
Interior del edificio dañado del mercado. Reparaciones en todas partes.



Entrevista a obrero

- Cuenta que antes era pescador, pero desde el terremoto ha comenzado a trabajar más como obrero
- Hay mucho trabajo
- Faltan varios meses para que esté listo el edificio



<p>Planos exteriores nocturnos del centro comercial de Bahía</p>	
<p>Niñas bailando en videojuego, dentro del complejo. Más planos del lugar.</p>	
<p>Entrevista a Vendedor</p> <ul style="list-style-type: none"> - Joven venezolano, llegado luego del terremoto, trabaja en un centro estético - Muchos elogios para Bahía - Cuenta su trabajo - Explicación de cómo el centro comercial sirve para que la gente pueda distraerse 	

Análisis del estado del proceso	
<p>Imágenes de Bahía</p> <p>Voz en off</p> <p>Dudas de cómo seguir documentando ¿De qué trata esta película?</p> <p>Decidimos volver a entrevistar a Yessenia 5 meses después de la anterior entrevista</p>	

Regreso a San Roque	
<p>Planos del Albergue San Roque</p> <p>Entrevista a Yessenia</p> <ul style="list-style-type: none"> - Conflictos entre vecinxs - Ayudas que llegan - Organización interna - Nula asistencia del gobierno - Están entregando casas en terrenos fuera de Bahía 	

Ayuda oficial

Casas entregadas. Estado lamentable de las áreas comunes, sin acabar. Falta de espacio. Casas pequeñas y aglomeradas.



Entrevistas a beneficiarixs

E) Intervención

Análisis del estado del proceso

Vox en off

Reflexión sobre el estado general de la ciudad, de cómo ha sido el proceso a lo largo de más de un año de registrar.

Sentimiento de añoranza, se está perdiendo la ciudad que teníamos. Se están polarizando las situaciones sociales, pero las mismas personas de la ciudad lo naturalizan y permiten que existan realidades opuestas conviviendo en Bahía.

Necesidad de intervenir.

Intervención

Secuencia de varios planos similares (una persona sosteniendo un cartel en un terreno baldío)

Cada uno de los realizadores sostiene un cartel con el nombre del lugar que solía haber en el terreno vacío donde está parado.



F) Minga barrial en Bahía

Necesidad de cambio

Voz en off

Mensaje de unidad, necesidad de trabajar colectivamente para sacar la ciudad adelante.	
--	--

Minga en barrios	
Trabajo colectivo	
Entrevistas cortas a transeúntxs	

G) Cierre

Cierre	
Resumen, conclusión (a desarrollar)	

Lista de referencias

- Ardèvol, Elisenda. 1998. “Por una Antropología de la Mirada: Etnografía Representación y Construcción de datos audiovisuales”. En *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares del CSIC*. Madrid
- Arauz, Maritza. 2000. *Pueblos indios en la costa ecuatoriana. Jipijapa y Montecristi en la segunda mitad del siglo XVIII*. Ecuador: Abya-Yala
- Argudo, Jaime. 1998. *Evaluación de daños del Hospital Miguel H. Alcívar*. Acceso 18 de marzo de 2017.
<http://cidbimena.desastres.hn/docum/crid/Mayo2006/pdf/spa/doc14281/doc14281-portada.pdf>
- Baigorri, Laura. 1997. “El video y las vanguardias históricas”. En *Colección Textos Docentes*, n.95: Universidad de Barcelona
- Baumann, Zigmunt. 2004. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Blazek, Matej. & Petra Hranova. 2012. “Emerging relationships and diverse motivations and benefits in participatory video with young people”. En *Children’s Geographies*, Vol. 10, No. 2, Mayo 2012, pp. 151–168.
- Bolt, Bruce. 2001. “The Nature of Earthquake Ground Motion”. En *The Seismic Design Handbook*. Ed.: Farzad Naeim. Ed. Van Nostrand Reinhold.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *Campo de poder, campo intelectual, itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- Buchenau, Jurgen. & Lyman Johnson. 2009. “Earthquakes and Latin American Political Culture”. En *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*. Ed: Buchenau, J. & Johnson, L. EUA: University of New Mexico Press.
- Butler, Judith. 2014. “Repensar la vulnerabilidad y la resistencia”. Acceso 4 de mayo de 2017.
<http://paroledequeer.blogspot.com/2014/06/repensar-la-vulnerabilidad-por-judith.html>

- _____. 2017a. “Introducción”. En *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2017b. “Cuerpos en alianza y la política de la calle”. En *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2017c. “Vulnerabilidad del cuerpo y la política de coaliciones”. En *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2017d. “¿Se puede llevar una buena vida en medio de una mala vida?”. En *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- Cardona, Omar. 1993. “Evaluación de la amenaza, la vulnerabilidad y el riesgo”. En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.
- Comolli, Jean-Louis. 2007 [1994]. “Carta de Marsella sobre la auto-puesta en escena”. En *Ver y Poder: La inocencia perdida: Cine, televisión, ficción, documental*. Ed. Comolli, J. L. Buenos Aires: Aurelia Rivera.
- Dienderen, An van. 2007. "Performing Urban Collectivity: Ethnography of the Production". En *Visual Interventions: Applied Visual Anthropology*, ed. Sarah Pink. US: Berghahn Books. Pp. 247-270
- Didi-Huberman, Georges. 2014. “Cómo abrir los ojos”. En *Desconfiar de las imágenes*, de Farocki, H. Buenos Aires: Caja Negra.
- De La Fuente, R. & L. Regalado 2015. “Siniestralidad en Manabí”. En *Los fenómenos naturales en la historia del Ecuador y el sur de Colombia*. Ed. Núñez Sánchez, J. Ecuador: CCE.
- Dosal, Paul. 2009. “Natural Disaster, Political Earthquake”. En *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*. Ed: Buchenau, J. y Johnson, L. EUA: University of New Mexico Press.
- Dueñas de Anhalzer, Carmen. 1991. *Soberanía e Insurrección en Manabí*. Ecuador: Abya-Yala.

- _____. 2002. “‘Nosotros, los manabitas...’ Una identidad regional de la costa ecuatoriana”. En *Las ciudades en la historia*. Ed. Kingman, E. Ecuador: CIUDAD.
- Ehrenreich, John. 1999. *Enfrentando el desastre: Una guía para la intervención psicosocial*. Acceso 23 de diciembre de 2016.
<http://www.mobbing.nu/Enfrentandoeldesastre.pdf>
- Ferrín, Rosa. 1989. “Rol del capital comercial y usuario en el desarrollo de Bahía de Caráquez”.
- Flores, Carlos. 2007. “Sharing Anthropology: Collaborative Video Experiences among Maya Film-makers in Post-war Guatemala”, en Pink, S. (ed), *Visual Interventions: Applied Visual Anthropology*. US: Berghahn Books.
- García Acosta, Virginia. 1993. “Enfoques teóricos para el estudio histórico de los desastres naturales”. En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.
- _____. 2005. “El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos”. En *Desacatos*, no. 19, septiembre-diciembre, 2005 (p. 11-24).
- Goffman, Erving. 1971. *Relaciones en Público. Microestudios del orden público*. España: Alianza Editorial.
- Grau, Jordi. 2005. “Los límites de lo etnográfico son los límites de la imaginación’. El legado fílmico de Jean Rouch”. En *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, No. 41. Mayo-Junio 2005.
- Gubrium, Aline. & Krista Harper. 2013. *Participatory Visual and Digital Methods*. California: Left Coast Press.
- Guerrero, Fernando. 2014. *Migración internacional, capital social y desarrollo humano local. El caso de Manabí*. Ecuador: PUCE-FIUC.
- Hall, Stuart. 1984. “Notas sobre la desconstrucción de «lo popular»”. En *Historia popular y teoría socialista*, Samuel, R. (ed.). Barcelona: Crítica.
- Hernández, María. 2016. “Reubicación de poblaciones afectadas por inundaciones: la falsa atención a la disminución de la vulnerabilidad social”. Acceso 16 de mayo de

2017.

http://www.abant.org.br/conteudo/ANAIS/30rba/admin/files/1467323426_ARQUIVO_TrabajoFinal_30_RBA.pdf

Hewitt, Kenneth. 1983. "The idea of calamity in a technocratic age". En *Interpretations of calamity: from the point of view of human ecology*. Ed.: Hewitt, K. EUA, Inglaterra y Australia: Allen & Unwin Inc.

High, Chris., Namita Singh, Lisa Petheram & Gusztav Nemes. 2012. "Defining Participatory Video from Practice". En *Handbook of Participatory Video*, ed. Milne, EJ., Mitchell, C. y de Lange, N. Reino Unido y EEUU: Altamira Press.

Hill Collins, Patricia. 2000a. *Intersecting Oppressions*.

_____. 2000b. *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. London y NY: Routledge.

LA RED. 1992. *Agenda de Investigación y Constitución Orgánica*. Acceso 27 de febrero de 2017. <http://www.la-red.org/public/libros/1992/agenda/AgendaDeInvestigacion-1.0.0.pdf>

Lavell, Allan. 1993. "Ciencias sociales y los desastres naturales en América Latina: un encuentro inconcluso". En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.

_____. 1996. "La Gestión de los desastres: Hipótesis, concepto y teoría". En *Estado, sociedad y gestión de los desastres en América Latina: En busca del paradigma perdido*. Ed.: Lavell, A. y Franco, E. Perú: LA RED.

Lefebvre, Henri. 1974. "La producción del espacio". *Papers: Revista de sociología*. Año 1974, no. 3, 219-229.

_____. 1980. *La presencia y la ausencia: Contribución a la teoría de las representaciones*. México: Fondo de Cultura Económica.

Leuthold, Steven. 1998. *Indigenous Aesthetics: Native Art, Media and Identity*. Austin: University of Texas Press.

- Linayo, Alejandro. 2012. "Aproximaciones a la problemática de los desastres desde tres concepciones de la relación hombre-naturaleza". *Revista Académica e Institucional*, Arquetipo de la UCP, no. 4, 39-48.
- Low, Browen, Chloe Brushwood Rose, Paula Salvio & Lena Palacios. 2012. "(Re)framing the Scholarship on Participatory Video: From Celebration to Critical Engagement". En *Handbook of Participatory Video*, ed. Milne, EJ., Mitchell, C. y de Lange, N. Reino Unido y EEUU: Altamira Press.
- MacDougall, David. (1998). "Cinema Transcultural". En *Antípoda*. No. 9 julio-diciembre 2009, 47-88.
- Macías, Jesús. 1992. *Desastres y protección civil*. México: CIESAS.
- Martínez Pérez, Ana. 2007. "The Rhythm of Our Dreams: A proposal for an Applied Visual Anthropology". En *Visual Interventions: Applied Visual Anthopology*, ed. Pink, S. US: Berghahn Books.
- _____. 2008. "Pasos hacia una Antropología Visual Aplicada". En *Revista valenciana d'etnologia*, No. 4, 2008.
- Martland, Steve. 2009. "Social and Political Fault Lines". En *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*. Ed: Buchenau, J. y Johnson, L. EUA: University of New Mexico Press.
- Maskrey, Andrew. 1993. "Vulnerabilidad y mitigación de desastres". En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.
- Narváez, Lizardo, Allan Lavell & Gustavo Pérez Ortega. 2009. *La Gestión del Riesgo de Desastres: Un enfoque basado en procesos*. Perú: Comunidad Andina.
- Pink, Sarah. 2007. "Applied Visual Anthropology: Social Intervention and Visual Methodologies", en Pink, S. (ed), *Visual Interventions: Applied Visual Anthropology*. US: Berghahn Books.
- _____. 2007b. "Classifying and Interpreting Photographic and Video Materials". London: Sage.

- _____. 2007c. *Doing Visual Ethnography*. London: Sage
- Rebotier, Julien. 2016. *El Riesgo y su Gestión en Ecuador. Una mirada de geografía social y política*. Ecuador: PUCE.
- Rodríguez, Juan Manuel. 2006. “La conformación de los ‘desastres naturales’: Construcción social del riesgo y variabilidad climática en Tijuana, B. C.”. *Frontera Norte*, Vol. 19, No. 37, Enero-junio 2007.
- Romero, Gilberto & Andrew Maskrey. 1993. “Cómo entender los desastres naturales”. En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.
- Roncallo, Susana. 2005. “El video(arte) o el grado Lego de la imagen”. En *Signo y Pensamiento*, no. 47, vol. XXIV, Julio-Diciembre 2005.
- Rouch, Jean. 1995. “El hombre y la cámara”. En *Imagen y Cultura. Perspectivas del cine etnográfico*. Ed. Ardèvol, E. y Pérez Tolón, L. Granada: Diputación Provincial de Granada, 95-121.
- Sennet, Richard. 1974. *El Declive del Hombre Público*. Barcelona: Ediciones Península.
- Shaw, Jacqueline. 2012. “Interrogating the Gap between the Ideals and Practice Reality of Participatory Video”. En *Handbook of Participatory Video*, ed. Milne, E.J., Mitchell, C. y de Lange, N. Reino Unido y EEUU: Altamira Press.
- Tavera Fenollosa, Ligia. 1999. “Desafiando las bases simbólicas de la exclusión: movimientos sociales y sociedad civil”. *Perfiles Latinoamericanos*, Núm. 14, Junio 1999.
- Tuhiwai Smith, Linda. 1999. *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous People*. Inglaterra y EEUU: Zed Books
- Velasco, Padre Juan de. 1840. *Historia del Reino de Quito*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho
- Walker, Louise. 2009. “Economic Fault Lines and Middle-Class Fears”. En *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*. Ed: Buchenau, J. y Johnson, L. EUA: University of New Mexico Press.

Wilches-Chaux, Guillermo. (1993). “La vulnerabilidad global”. En *Los desastres no son naturales*. Comp. Maskrey, A. Colombia: LA RED.

Yang, Kyung-Hwa. 2012. “Reflexivity, Participation, and Video”. En *Handbook of Participatory Video*, ed. Milne, EJ., Mitchell, C. y de Lange, N. Reino Unido y EEUU: Altamira Press.

Zoettl, Peter. (2013). “Images of culture: Participatory video, identity and empowerment”. En *International Journal of Cultural Studies*, vol. 16 no. 2, Marzo 2014.

Documentos

CRUZ ROJA COLOMBIANA. (2008). *Manual Nacional para el manejo de Albergues Temporales*.

MINISTERIO COORDINADOR DE SEGURIDAD. (2016). *Modelo de Gestión de Albergues*.

MINISTERIO DEL INTERIOR – CHILE. (2002). *Plan Nacional de Protección Civil*.

MINISTERIO DE SALUD DE CHILE. (2011). *Manual para la protección y cuidado de la Salud Mental en situaciones de Emergencias y Desastres*. Chile: JICA.

OPS/OMS. (2006). *Guía práctica de salud mental en situaciones de desastres*. EUA: OPS/OMS.

_____. (2007). *Salud mental y desastres: Intervención en crisis*. Bolivia: OPS/OMS.

PROTECCIÓN CIVIL - EL SALVADOR. (S/F). *Manual de Albergues Temporales*. El Salvador: Presidencia de El Salvador

SINAE – URUGUAY. (2009). *Albergues Temporales. Guía para la planificación, montaje y gestión de albergues temporales durante emergencias*. Uruguay: PNUD.

SNGR. (2011). *Normativa para Aplicación de Estándares de Ayuda Humanitaria en Emergencias para Alimentos, Cocina, Hogar y Limpieza*.

UNICEF Chile. (2010). *Para Reconstruir la Vida de los Niños y Niñas. Guía para apoyar intervenciones psicosociales en Emergencias y Desastres*. Chile: UNICEF.

UNICEF Ecuador. (2007). *Manual de Albergues de Emergencia*. Ecuador: UNICEF.